CUENTOS DE CAFÉ CORTO

Germán Bernardez

PRÓLOGO

Este libro no tiene principio ni fin. No necesita una lectura ordenada por parte del lector, sino que se adecua a las necesidades y los tiempos del mismo. Cada cuento se encuentra enmarcado dentro de un tipo de café, a su vez cada tipo de café hace referencia a las temáticas abordadas por los cuentos que contiene.

La principal idea es que uno pueda leer en el bus, subiendo en el ascensor a la oficina, desayunando, haciendo una pausa vespertina o antes de dormir, atravesando toda una historia sin necesidad de dejarla colgada para más adelante.

El objetivo es transportar al lector por diversos encuentros entre personas que viven la sexualidad, la locura, el amor, la amistad y la muerte de formas muy diversas, adentrándose mas de una vez en el plano de lo enfermizo.

A partir de ahora no hay orden, no hay ley ni hay filtro, los encuentros abruptos y la obscenidad mas dura tomarán el control de las páginas, la muerte soplará las hojas helando los dedos de todo aquél que lea con miedo. El viaje comienza… ¿café?

INDICE

TIPOS DE CAFÉ

- **Café de Oficina**
    - El café de oficina es aquél servido rápidamente en un vasito de plástico, con sabor a algo parecido al café, o a agua con tierra. No logra que nuestro paladar se regocije del todo, pero aplaca la ansiedad.
    En pocas palabras: nos sirve para pasar el rato.

- **Café con Ron**
    - Sabor intenso, dulzura y atrevimiento. Es café, pero el ron le agrega el toque extra de ser, ¿por qué no?, un trago. Es la mezcla perfecta, que provoca sin perder la serenidad.

- **Café Amargo:**
    - Puro, sin azúcar, sin ningún agregado. Las cosas tal como son, la vida dura, la noticia que nos quema por dentro, el golpe de realidad.

- **Café con Especias**
    - Picante y canela. Perversión, lujuria y ardor, con un toque explícito de provocación y el extra de un sabor prohibido que muchos saben disfrutar. El café más fuerte de todos, ese que mezcla dolor y placer.

- **Café Frío con Sal**
    - Bizarro, repugnante, capaz que hacernos sacudir la cabeza entrecerrando los ojos por el asco que nos causa. Aún así, muchas veces no podemos dejar de probarlo.


Café
de oficina

Gask se arrimó al borde de la cama y murió sin más. Dejó una mesa de luz repleta de cosas por hacer, pero a la muerte le importaba un carajo, tenía que hacer su trabajo y cumplía con creces. Sobre el viejo mueble de madera dormía un libro de Ray Bradbury a medio leer, sobresaltado de tanto en tanto por la tristeza del piano del disco de I´m a Bird Now de Antony and the Johnsons, sobre la cama un par de obras de arte de Andy Warhol y olor a sexo rancio, notoria señal de la falta de movimiento que le hacía a aquél lugar que llevaba meses sin ver una mujer... o un hombre. Gask se retorció un poco, simple rigor post mortem, algo de sangre manchó la alfombra. Mirando desde arriba, en lugar de seguir una luz blanca o ver pasar su vida enfrente de sus pupilas, se rezongaba a sí mismo por estropear aquél tapiz que le había costado un dineral. El ladrón se lo llevó sin percatarse de la mancha, no sin antes patear el cuerpo un par de veces para quitarlo de encima.

El ladrón hizo un surco en el aire con el hacha, Gask se arrimó a la cama y murió sin más.

Katya caminaba por la 9 de Julio y no había cuello que quedara sin girar para verla, tanto masculino como femenino, adolescente u octogenario. Ella se sabía dueña de ese poder y lo explotaba al máximo. Vestido corto, apenas ajustado donde debía ajustarse y suelto donde servía que fuera suelto, sin ropa interior, sin pudor, sin penas. Rojo. Rojo. Muy rojo. El vestido rojo, los labios rojos, las uñas rojas. Caperucita, como la conocían sus amigos, salía a hacer aullar a los lobos. Todo parecía glamour, perfume francés e histrionismo puro, pero no era tan así.

Rubén era un pobre diablo que se creía galán de novela. Camisa azul con varios botones desabrochados, cadenita de oro enredada en los pelos del pecho y gomina, zapatos lustrados en Caminito y casita con fondo a un par de cuadras de la estación de Los Incas. Se subió al subte de la línea B y bajó en el Abasto, donde lo esperaba su primo para tomar un café. Al terminar se metieron al auto y enfilaron hacia la casa de música de siempre. Avanzando por la 9 de Julio la vieron y casi atropellan a un ciclista que les hizo saber su descontento de inmediato. Caperucita se sonrió, pero no detuvo su andar. Los dos hombres la siguieron por un buen rato, ella llegó a la entrada del Hotel Colón, giró hacia el auto, regaló una guiñada y volvió a girar para desaparecer puertas adentro. Al botones de la puerta se le hizo casi insoportable aguantar el calor del uniforme.

Rubén volvió al día siguiente y al otro, y así durante una semana. Katya disfrutaba viendo a ese robusto hombre arrastrarse por ella. El botones y Rubén se hicieron algo así como amigos y ampliaron el espectro de temas de conversación, agregando cosas como fútbol o política después de un mes.

Un martes al llegar al hall del Colón, el botones esperaba a Rubén con un papelito en la mano. Al abrirlo, escrito con lápiz de labios, había un número de habitación. Un abrazo fraterno con Luis, el botones, dos palmaditas en la espalda, peinada de reajuste frente al espejo del ascensor, manos cerradas frente a la boca para analizar el aliento y acomodada de paquete ultimando detalles. Campanita de ascensor, anunciando el piso elegido, se abrieron las puertas. Dos habitaciones a la derecha por el pasillo, flores en la entrada y una botella de Chandón.Ella hizo todo. El lobo se limitó a aullar al entrar y verla desnuda y luego a pedirle que se detuviera para no acabar a los pocos minutos como si se tratara de un liceal en sus primeras veces. Tuvo que pedirle varias veces un respiro para no irse solito. Caperucita no había logrado saciar su apetito cuando Rubén cayó rendido y se dispuso a dormir. Ella le cacheteó un par de veces la cara y le tiró hielo entre las piernas, "A dormir a casita", concluyó.

El actor de novelas siguió yendo por el hall del Colón un tiempo mas con la esperanza de encontrarla, intentó convencer a Luis de que se había portado como todo un macho Alfa, pero Luis era hincha de Huracán y tras enterarse que Rubén era Cuervo la conversa ya no le interesaba.

"Que labios grandes tenés" supo decir Rubén aquella noche. "¿Viste?" respondió Katya, "Son para comerte mejor, quedate quietito bebé".

Romel estaba furioso, sacó un palo del galpón del fondo y se encaminó a la calle. Saltó el muro de Doña Martina, una de esas clásicas viejas de pelo corto y teñido, remera ancha con dibujos de Miami comprada en la feria, short y zapatillas de goma, voz áspera de cigarro barato y un andar lento y muy poco femenino. Paulo, el hijo bobo de Doña Martina, estaba parado mirando la nada, regando un único punto del jardín con el chorro de la manguera y no vió venir el palazo que lo dejó inconsciente. Romel no lo mató, ni siquiera pasaba por su cabeza matar a nadie, le pateó un par de veces las costillas en el suelo y cerró la canilla de la manguera.

La mujer de Romel permanecía en la cama, desnuda y fumando un cigarro, mientras su marido atizaba con el palo a Rodolfo, el carnicero de la esquina. El castigo siguió con Walter, el repartidor de diarios, el del almacén, Víctor, los dos porteros del hotel, el dueño de la farmacia y Ramiro, el tapicero.

Cuando el palo al fin se quebró, Romel lo tiró en la fuente de la plaza y volvió caminando a su casa, donde el comisario se había fumado ya el segundo cigarrillo con su esposa y lo esperaba para tomarle declaración.

Jüner había estudiado administración de empresas pensando en trabajar con su padre en la fábrica de tuercas que su bisabuelo fundó, pero su padre tenía la costumbre de olvidar el arduo trabajo que sus antecesores habían hecho para construir aquel imperio de las tuercas y aquella noche en el casino todo el esfuerzo de tres generaciones de la familia Vansmel se esfumó, cuando la pelotita se posó en el cero.

Dhalma, la madre de Jüner, se entregó a la bebida (barata) luego de que una cuadrilla de hombres se llevara de su casa todas las joyas, electrodomésticos y piezas de arte, y Jüner compró por primera vez en esa familia el diario del domingo. Envió su elaborado currículum a veintisiete empresas, de las que respondieron varias.

Jüner se encontró entonces trabajando en una cómoda oficina, haciendo uso de diversos beneficios que comparados con la vida que solía llevar eran castigos, aunque él era feliz, se sentía útil, se notaba vivo. Sus tareas no eran en absoluto complicadas: llenar planillas y mandar e-mails eran practicamente todo lo que debía hacer.

El único problema se ubicaba del otro lado del box, donde una majestuosa mujer siempre muy sexy y arreglada dirigía conferencias telefónicas usando unos auriculares de vincha que traían incluidos el micrófono. A Jüner se le ocurrían constantemente comentarios para hacerle relacionados a un micrófono, pero no se atrevía a hacerlos salir de su boca. Ella solía mantenerle la mirada, al mismo tiempo que con la mano acercaba al máximo el micrófono a sus labios. Jüner guardaba cada imagen para masturbarse por la noche, en el pequeño monoambiente que se había alquilado en el centro.

Los mejores momentos eran cuando ella abandonaba su puesto y él podía observarla mientras caminaba, casi siempre con botas que se quedaban grabadas en la retina del muchacho al imaginarla vestida solamente con ese calzado y nada más. Con el paso del tiempo se atrevió a comentarle por chat lo bien que le quedaban, ella se limitaba a sonreír y agradecer, el quería comerla a besos en la escalera de servicio sin cámaras de seguridad.

Una tarde, Jüner se pidió un mocacchino en la máquina de café. Al sacarlo y girar, el pequeño vasito de plástico impactó contra el surco que se hacía entre las tetas de Uma, la chica con la vincha teléfonica del otro box, enchastrando por completo la blusa de la señorita. Jüner corrió a su escritorio, recordando que tenía el tupper del almuerzo envuelto en una servilleta de tela limpia. Le costó un par de minutos encontrarlo debido a los nervios, cuando al levantar la vista se llevó una sorpresa. El chat interno de la empresa anunciaba un nuevo mensaje: *Uma dice: Te espero en el baño de lisiados, entrá y trancá la puerta. Ah, la servilletita reservátela para vos, la vas a necesitar ;)*

El castillo de Buthsnsally corona la cima de una colina verde y alta. Sus pasillos son estrechos y colmados de pequeñas ventanas, donde apostrados esperan los arqueros con sus ballestas la invasión enemiga tras haber perdido la defensa del portón principal. A medida que el ejército invasor avanzaba, los defensores de Buthsnsally continuaban cerrando puertas y atrincherándose detrás, abandonando el territorio que ya había sido tomado. De igual forma había abandonado los pies el cuerpo de Gasbond luego de que el frío los anestesiara por completo. Tirado en un banco de plaza se dejó al abandono absoluto y a merced de la noche. Un sapo se cobijó entre la ropa del joven que ya no tenía color en la piel y cuyos dientes cesaron el castañeteo. Gasbond había fallado en lo único que su hermano Phylls le había pedido en toda su vida y por ende se abandonó a si mismo. Intentó matarse esa misma noche horas antes, pero las pastillas que tragó en gran número no eran letales, y simplemente hicieron que el dolor disminuyera. Una mujer le ofreció sexo por dinero, un hombre que llevaba los pies envueltos con bolsas de residuos le ofreció sexo por comida, un personaje vampiresco le ofreció sexo por no matarlo. Gasmond no respondió propuesta alguna. Ahora el frío adormecía las rodillas.

El inmenso portón de roble cedió, y dio paso a los enardecidos soldados que a golpe de hacha cortaban cuellos, brazos, pechos, hombres, mujeres, niños. Un gordo enorme recibió un flechazo que le rebotó en las costillas, astillando un poco el hueso y nada más, para contraatacar con fiereza hasta casi partir el mango de su alabarda. El refugio existente era mínimo para los pocos sobrevivientes que aún defendían el castillo.

Un perro callejero lamió las manos frías de Gasmond, buscando algún tipo de reacción amistosa que no encontraría. El diario de ayer rebotando entre saltos se trancó en uno de los posabrazos del banco para arremeter con violencia contra la cara del joven que apenas respiraba. El sol amagaba con salir, tímidamente.

La última puerta cedió, resistiendo en el salón central unas decenas de mujeres acompañadas de niños, quince ancianos y veinte soldados que duraron lo mismo que una vela pequeña. Los bárbaros nórdicos invadieron con fiereza el lugar, hasta que el mas bravo le hundió un frío puñal en el pecho al Señor Feudal que no llegó a derramar una lágrima. De lado, cayó desde su asiento al piso extremadamente frío. El perro asustado huyó hasta distraerse con algunos restos de comida. Aquello no fue una victoria, fue una pérdida demorada.

Roy sabía desde pequeño que moriría joven. No era una sensación, era una certeza. A lo largo de su infancia, cuando los demás niños relataban en forma entusiasta a qué se dedicarían de mayores, el pequeño Roy se limitaba a decir que pretendía estudiar guitarra y componer canciones. Entrada la adolescencia y acompañado seis de los siete días de la semana por su camiseta de Bono, el ahora espigado Roy contaba con una hilera de pelos en el pecho y una guitarra color caoba que cautivaba tanto como las secuencias de acordes que aquél muchacho compartía canturreando en los muros de la secundaria. Llegaron las primeras canciones dedicadas fugazmente a algunas mujeres, el primer amigo de verdad, la primer borrachera y el sexo, que rápidamente influyó en letras y músicas.

Una tarde, cercano a cumplir los treinta, Roy componía la que sería su mejor canción hasta ese momento, cuando a su lado se sentó La Muerte. El joven no se inmutó, mantuvo su concentración que oscilaba entre escribir, tachar y buscar acordes. La Muerte habló - Creo que sabes a que vengo, y debo confesar que no me agrada en lo absoluto - Roy le dedicó una mirada a aquella mujer de pelo largo y rubio, de aspecto cansado y ojos grises, entonces respondió - Desde siempre lo supe, no hay necesidad de explicaciones y mucho menos de arrepentimientos -. La Muerte encendió un cigarro y se lo ofreció a Roy, el músico probó dos pitadas, y soltando lentamente el humo lo devolvió. - Quiero ofrecerte un trato - susurró practicamente la rubia, como si alguien pudiese escucharla y ofenderse, - Me fascinan tus canciones, mientras sigas componiendo una por semana te prolongaré la vida -. El muchacho se paró y estrechó la tibia mano de La Muerte, - Trato hecho -, tomó la guitarra por el brazo, la llevó hacia atrás y cual lanzador de martillo en los Juegos Olímpicos la

lanzó por los aires. Una señora que pasaba cerca del parque escuchó el estallido. El noticiero local tituló en su cuenta de Twitter: "Fanático de U2 muere al sufrir la ruptura de un aneurisma, tras un episodio violento en medio de un espacio público", mientras su canción "La última de todas" se transforma en la más escuchada de MySpace.

Mediante la presente doy a conocer algunos detalles de mi mismo, simplemente porque me pidieron que me presente como requisito para poder participar, y entonces lo hago. Me llamo Santino Caronte, mi cuerpo rebasa por poco su tercera década de vida y estoy convencido de que mi mente viene reinventándose desde hace varios siglos. Vivo de escribir, de hacer cine barato, de pintar desnudos de mujeres hermosas por placer o de coger señoras poderosas por dinero. Al escribir uso demasiadas comas, lo sé, pero me gustan, me gusta molestar al lector metiendo comas en todos lados, de forma que tenga que pausar la lectura de mi material constantemente, una y otra, y otra vez. Alguna vez supe amar a una sola mujer, creí en el futuro y en la paz mundial. Me gusta tomar para divertirme y vivo en una casita alejada, a veces, otras tantas ando por ahí sin demasiados miramientos. Mi principal fortaleza es mi devoción hacia las mujeres arriba de una cama, cuantas más mejor, no me acobarda tener que repartirme entre varias féminas, al contrario, me envalentona el reto de satisfacer a tres o cuatro en simultáneo, dos es la base.

No entiendo lo de trabajar ocho horas, no lo creo, no lo logro. Me gustan los cuentos de magos y vampiros, las películas de suspenso y los habanos con sabores extraños. Las mujeres depiladas, los equipos de fútbol olvidados que siendo humildes y toscos dan batacazos a los equipos impecables vestidos con ropa blanca de comercial de jabón en polvo. Disfruto de discutir casi tanto como de resolver cosas a las piñas, pero de nada como de coger. No tengo miramientos, se salvan mi madre y mi abuela, el resto son mujeres por igual. Podría invitar a mi cama a su mujer si ella me da alguna señal de interés, o preferiblemente usaría también su cama. Me gusta fantasear al escribir, proponerme escribir sobre historias lejanas a mi de la misma forma que

escribo sobre mis propias experiencias reales, enfatizando en cada detalle al pie de la letra. Soy lánguido, alto, de pelo bastante rubio y largo, con algunos mechones mas oscuros, barba crecida y ojos cansados. Si pudiera elegir, habría preferido ser un negro enorme con pelo afro y que se dedicara a tocar Jazz en algún club, pero la vida no se hizo para que uno elija demasiado.

En fin, señor director, espero que mi carta le convenza ya que me ha resultado todo un desafío tener que hacerla, no se me da bien esto de escribir cartas de presentación para obtener un trabajo de administrativo, lo mío son los cuentos.


café con
Ron

Apenas entramos al lugar los cuatro nos fijamos en las mismas dos cosas: dónde estaban ubicadas las barras, y lo buenas que estaban las mozas. El director se encontraba ya haciendo una prueba de imagen y al vernos entrar nos llamó. Bajando por las escaleras del inmenso teatro nos cruzamos con un rasta de pantalones anchos que iba de torso desnudo, Ruanda quedó perpleja y de boca abierta mirándolo mientras Adolfo casi enciende un cigarro. El director nos explicó nuestras tareas y cada uno se colgó su cámara al cuello. Nos tocaba grabar la segunda parte del desfile de modas, y aunque intentamos bajar a camerinos para pasar ese rato mirando a las modelos cambiarse, no nos fue permitido.

La calle nos aceptó mucho mejor que el teatro transformado en pasarela. Cruzamos al kiosco, compramos cigarros, golosinas y licor y nos metimos todos en un carrito de hamburguesas ambulante. Nos compramos panchos al pan, con mucho olor a mostaza, y los devoramos en la puerta del desfile bajándolos con licor, entre escuálidas estiradas vestidas de Gucci.

Nuevamente adentro, Kamos se perdió entre el público porque quería filmar la previa. Adolfo, Ruanda y yo nos acodamos en la barra a beber cerveza y mirar las tetas de las mozas. Al sentarme, la morocha de rulos me reconoció: -Disculpame el atrevimiento pero, ¿vos sos Santino Caronte no? – Le respondí que si, y que si en algún momento había terminado en mi cama y yo no le había dejado dinero para el taxi le pedía disculpas. Ella sonrió y me dijo que nos conocíamos del estudio de grabación Pelter Records. Eso fue lo mejor de la primera parte del desfile. Nos tocó, a Kamos no lo vimos hasta la salida. Adolfo tomó escenas de piso, Ruanda con cámara fija desde el costado izquierdo y yo me metí al escenario. Casi tengo que ponerle la cara en orden a un gordo Emo

que me tapaba todas las tomas con su peinado glamoroso. Gordo imbécil. Las modelos salían y entraban sin esbozar una sonrisa, parecían cadáveres bien vestidos. Veinte minutos mas tarde yo ya no lo soportaba, pero filmamos todo y nos quedamos simplemente un poco mas para que Ruanda viera bailar al de las rastas.

La noche nos recibió dura, pero era real, el frío era intenso y real, el cielo era verdaderamente negro, no un pañuelo con lentejuelas. Disfrutamos respirar aire no sintético, ver mujeres con curvas y lunares, señoras vestidas normalmente y con bufanda. Estuvimos a punto de pedir otra ronda de panchos pero una turba de bulímicas nos ganó de mano y acaparó todo el espacio. Además, si se pone de moda ya no tiene gracia.

El día iba llegando a su fin, yo volvía en el bus con la única intención de llegar a mi casa a tomar sopa y dormir. Afuera el clima estaba ameno, la gente caminaba apresurada desde el trabajo a la casa, un hombre paseaba el perro y a mi lado dos adolescentes se besaban declarándose amor.

En la hora señalada, el bus me dejó a apenas unos pasos de mi puerta. El olor a sopa se percibía desde el felpudo que amablemente lo recibía a uno con su cartel de “WELCOME HOME”. Mi mujer estaba en la cocina, muy atenta a sus quehaceres hogareños. Con un delantal floreado e impecable, se disponía a servir la cena.

Me lavé las manos, saludé a los niños y desperté. Estaba agitado, semejante sueño reveló mis temores mas profundos. Un vistazo rápido a mi alrededor bastó. Un enredo de sábanas, varios semi cadáveres de Jack Daniels, dos amigos, seis mujeres, algo de sol entrando por la ventana.

“Estoy en casa” pensé, “a salvo”. Encendí un cigarro de marihuana, le di cuatro o cinco pitadas y lo dejé caer dentro de una copa de cognac. Magreandole las tetas a la fémina que descansaba exhausta mas cerca de mí, volví a dormirme. Al fin y al cabo, aquel infierno solo había sido un sueño.

El hombre del almacén no comprendió mi cara de satisfacción, yo apreté las bolsas y las botellas sonaron al chocar cristal contra cristal. Al recorrer la calle disfruté del sol como hacía mucho tiempo que no disfrutaba, apoyé las bolsas en un muro y encendí un cigarro. Entonces los recuerdos de la noche me tomaron por sorpresa, los arañazos en mi espalda eran prueba viviente de ellos y ardían. El olor bajo mis uñas y en mi barba eliminaban cualquier duda existente.

Sol y vereda, un chico de pelo largo toca un blues bajo el roble que hay al lado de la escuela. El blues me lleva al jazz, el jazz al vino y el vino a tus piernas.

Llego a la esquina y doblo, un intenso aroma a pescado frito me abruma, me pierdo dentro de mi propia mente, no entro en detalles ni hago comentario alguno.

Cruzo hasta el kiosco, mientras espero que me atiendan miro todos los culos y todas las tetas que hay ahora en exceso en las revistas. Tanta exposición en las tapas hace que no sea necesario comprarlas, lo más importante que tienen para mostrar se ve gratis.

Al pasar junto a la parada del bus veo a una morocha que supo estar en tu lugar. – Santino – dice ella, diciendo con eso mucho más que sólo mi nombre. – Laura – respondo, asintiendo con la cabeza, imaginando hacia adelante el momento en el que te encuentre así.

Busco las llaves y la sonrisa sigue en mí. Abro la puerta.

Cierto día toda la humanidad despertó con la misma sensación: iban a morir. No era simplemente un presentimiento, era una certeza. Pocas horas después del amanecer, en cada ciudad imperaba el caos completo. El libertinaje y la violencia se habían apoderado de las calles.

Clara abrió la puerta lo más rápido que pudo, esquivó a dos obreros que la esperaban hambrientos y dobló la esquina. Su vecina de apenas quince añitos disfrutaba siendo poseída en el jardín por tres compañeros del colegio. No le importaba, corrió. El supermercado del barrio parecía escenario de una película de terror, sumido por completo en saqueos, disparos, locura.

Corrió, corrió más. Llegó a la iglesia y en la escalinata sacerdotes y prostitutas hacían profundos pactos de unidad. Una camioneta le frenó delante, en un semáforo. En la caja cuatro o cinco mujeres cogían de todas las formas habidas. Saltó a la caja y fue desprendiéndose de su ropa, dejándola volar en el viento. Al llegar había perdido la cuenta de sus orgasmos. No se despidió, desnuda saltó nuevamente a la calle y entró al edificio todavía conmovida por el placer.

Cada piso que el ascensor subía era eterno. Dos hombres de unos sesenta años se besaban apasionadamente, mientras una señora algo mas joven los masturbaba alternando lo que se llevaba a la boca.

Clara llegó, entró al apartamento y le hizo todo lo que nunca antes le había hecho, o dejado hacer. La mucama se encontraba también ahí, y sin resistirse formó parte.

Como cualquier otro, aquél día acabó y fue reemplazado por el siguiente. En lo más alto, los Dioses reían. Todos menos el mas refinado, que había apostado a

ciegas que en una situación así la humanidad buscaría la forma de hermanarse y de salir adelante a como dé lugar.

- Calma – exclamó el Dios tosco y de barba, no es la primera vez que uno de nosotros pierde una apuesta. El Dios negro, que parecía ser el que mandaba a los demás, refunfuñó – A fin de cuentas yo también perdí, no creí que quedara ninguno vivo para la próxima apuesta -.

Soy una mujer un tanto exclusiva, por decirlo de alguna manera, lo que me genera poco contacto y demasiado casual con los hombres. Es por esto que me sorprendí a mi misma cuando descubrí que me calentaban y mucho los veteranos de mas de cincuenta.

El primero fue un compañero de la oficina, apenas de mi altura, con barba y pelo gris y unas manos muy inquietas. Me saludaba siempre al llegar, a través del chat interno, con palabras como “nena”, “dulzura” y similares, que jamás me habían generado nada antes. Pero este hombre casado y con tres hijos me podía. Después de calentarlo y calentarme por dos meses, terminamos juntos en el baño de caballeros de la fiesta de fin de año empresarial. Sinceramente me sorprendió el estado físico de este señor.

El segundo fue un compañero de trabajo de papá, al que conozco desde niña. Me había independizado pocos días antes de encontrarlo en un cumpleaños familiar y que se ofreciera para ayudarme con la conexión de unas lámparas que yo no lograba instalar. Simplemente salí de la ducha semi cubierta con la toalla y fue mío.

El tema es el tercero. Cuarenta y tantos, pisando los cincuenta pero muy bien llevados. Años de gimnasio encima, antebrazos rudos y con pelo grueso, bien negro. Aspecto de leñador con mucha clase, que fumaba Marlboro rojo. Me invitó sin ningún reparo a tomar una copa de vino con él, después de estar hablando durante tres horas en una exhibición de cuadros de mi amiga Patricia. Lo acompañé a su apartamento, que resultó ser un loft en la zona mas cara de la ciudad. Mientras él preparaba las copas yo me escabullí en el baño y me saqué la tanga negra que llevaba, guardándola después en la cartera y quedándome completamente sin ropa interior. Se me había cruzado la

interesantísima idea de jugar a Bajos Instintos con él. Al salir el susto que me llevé estuvo a punto de paralizarme por completo. De frente a mi, parado detrás de un desayunador de madera y mármol, permanecía inmóvil afilando una cuchilla, con una de sus cejas arqueadas y la mirada fija. Yo no conocía de nada a aquél hombre que perfectamente podía ser un asesino de jóvenes mujeres. Entonces volvió a sorprenderme, con una mano retiró de un tirón la tela que cubría una pata de jamón crudo y comenzó a cortar finísimos bocados con el cuchillo, los colocó de a uno en un plato y para terminar los roció apenas con aceite de oliva y especias. - ¿ Que te pasó, que me quedaste mirando como si yo fuese un loco? - preguntó. - Nada nada – respondí enseguida – es que me asustaste un poco con ese cuchillo, mirá si después de discutir tres horas sobre Monet, Warhol y Van Gogh resultabas un asesino en serie -. Ambos reímos mucho, bebimos mucho, llevamos los excesos al límite hasta no soportar más las ganas de arrancarnos la ropa y devorarnos mutuamente.

Él me puso contra una pared, y agarrándome fuerte los brazos me los cruzó atrás y me ató las manos con su cinturón. Yo me mojaba como una colegiala borracha. Metió las manos bajo mi vestido y al descubrir que yo no llevaba nada soltó una pequeña carcajada de placer y alegría. Levantó mi vestido y embistió contra mis adentros que parecieron partirse. Sentí una explosión de placer mezclado con algo parecido a un desmayo. Me apretó la cara contra la pared, lo que al principio me resultó salvaje y después doloroso. Siguió hundiéndose en mi, desgarrándome y ahogando mis gritos contra la pared. Después se retiró, en un solo movimiento, y se alejó algunos pasos. Yo estaba conmocionada, entre orgasmos y dolor, entre lágrimas y algo de sangre. Entonces volvió, acercó la boca a mi oreja y dijo – Las apariencias, no siempre engañan –

Llevó la mano que sostenía la cuchilla del jamón hacia atrás y la hizo desaparecer en mi abdomen. Mis ojos se nublaron y me pareció absurdo el destino cuando al deslizarme cayendo por la pared arranqué aquel horrendo cuadro de Seurat.

Ella había leído todos sus cuentos, pero quería escucharlos narrados por él. Estaba convencida de que la voz del autor agregaría matices que su propia imaginación no era capaz de concebir. Entonces le envió un mail, sin preámbulo alguno: “Me interesaría que nos juntemos en algún lugar a que me narres tus cuentos. Soy tu mas fiel admiradora.”

Dos días después, encendió la notebook en la plaza de comidas de 3 Cruces. La bandeja de entrada anunciaba 185 correos sin leer (era de dejarse estar con lo de borrar publicidad y cadenas que nunca abría), el último era de Groupon y le ofrecían comprarse una taza de café con un 60% de descuento o hacerse depilación laser definitiva con una sesión de cama solar de regalo con un 40% de descuento, el mail de abajo era de él. “Querida lectora favorita..” comenzaba diciendo “..sería para mí un verdadero placer coincidir contigo en un lugar donde podamos compartir nuestros gustos complementarios por la literatura. ¿Qué te parece el Café de La Pausa en Ciudad Vieja?”. Ella resopló. Mas ágil que una dactilógrafa del Palacio Legislativo se dispuso a responder: “Creo que no fui suficientemente clara. Al momento de que me leas, querido escritor, quiero poder revivir la esencia de tus cuentos, en un lugar íntimo donde nadie nos moleste. Nadie ni nada. Ni siquiera la ropa.”

El lugar íntimo terminó siendo un hotel tres estrellas, elegido por ella luego de recorrer un par, buscando una locación similar a alguna de las que había imaginado a leer los cuentos. Ropa fuera, dos vasos de vidrio grueso y baratos con whisky y tres hielos. Él comenzó leyendo y ella escuchando. Al culminar el tercer cuento, la erección de él era salvaje. “Si sigo así voy a terminar acabando

de pura excitación” pensaba el hombre de melena y antebrazos atractivos, “no puedo más, esta mujer está sacando lo más profundo de mis perversiones, escuchando mis cuentos y tocándose aunque crea que no me doy cuenta. No la veo, pero la puedo oler”. Estiró una mano y rozó la entrepierna enteramente depilada (a fin de cuentas aquella oferta por mail valió la pena). “¡Quieto!” rezongó la chica de exquisito aroma, delicadas curvas y mirada penetrante.

Diez cuentos yacían en el suelo aclimatado de la habitación. El frigobar comenzó a hacer ruido como ya había hecho un par de veces anteriormente. No había música encendida, ni habían siquiera abierto la puerta del baño. La víbora de un solo ojo se mantenía enfrentada a sí misma al verse reflejada en el espejo del techo, erguida en todo su esplendor. La mujer se magreaba una teta con una mano y jugaba a esconderse dentro dos dedos de la otra.

El último cuento finalizó, la boca de ella engulló completamente la orgullosa erección del escritor para soltarla enseguida y decirle “Leelos todos de vuelta”. Él accedió. Uno a uno volvió a leerlos, con su lectora preferida empapada mamándosela o cabalgándolo como una ninfómana que estuvo encerrada por años. La experimentada amante no lo dejó acabar hasta que no leyó la última frase del último cuento. Entonces lo sacudió vorazmente y se dejó bañar por él, desde el ombligo hasta la cara. Juntó con dos dedos todo el tibio reguero blanco y se lo tomó.

Al salir del hotel el escritor desconcertado exclamó: “¿te puedo volver a escribir para encontrarnos otra vez?”. A lo que la mujer respondió: “Por supuesto. Apenas escribas otro libro de cuentos.”

Unos diez o quince segundos le llevó a Santino elevar su nivel de deseo hacia aquella mujer hasta el tope. Había escuchado algunos comentarios sobre ella pero no fue hasta que la vio que quiso encerrarla un par de horas para él solo donde fuera. De todas formas se comportó y el contacto se diluyó en el tiempo hasta que coincidieron en una charla virtual que se inició por gustos musicales. Debido a la edad de aquella rubia, Santino se sorprendió de que escuchara ciertas cosas, y cuando digo cierta edad me refiero a que cuando él estaba a mitad de Primaria ella recién estaba naciendo.

En fin, la charla musical generó un interés mutuo, que derivó a una charla sobre dibujos, cine y literatura. Bukowski se adueñó de las frases y desembocó, obviamente, en charlas de tono sensual y hasta erótico, dobles sentidos, propuestas, confesiones.

Si puedo elegir una de las charlas que sucedieron a ésta, sin dudas elijo la siguiente.

Santino llamó a la rubia, ella se encontraba cocinando y atendió sin interrumpir su labor. “¿En que andás?” preguntó el escritor, “Cocinando algo rico, una ensalada de frutas con mucha frutilla” respondió ella. La asociación de ideas no tardó en generar una leve caída de ojos en Santino, que hasta llegó a humedecer sus labios con la lengua. “Que rico…” dijo él con cierto tono grave en la voz “…me encantaría probarla. ¿Está bien fresquita?”. Ella sonrió y llegó a ruborizarse un poco “Sí, hace muchísimo calor, y necesito hacer algo con tanto calor”, respondió. “Puedo imaginármela perfectamente y se me hace agua la boca” contestó Santino acomodándose en el sillón. Ella titubeó un poco en responder “¿Ah si? ¿Cómo te la imaginás?”, esperando cualquier tipo de

respuesta de parte de él. La conversación se mantuvo en silencio algunos segundos y él sentenció diciendo “Ta, una imagen vale más que mil palabras. Te acabo de mandar una foto”. Ella bajó el celular para verlo bien, experimentando sentimientos cruzados antes de que la foto apareciera. Al final, le generó una sonrisa y terminó la charla diciendo “La mía es mucho mejor que ésta”.

Ah! La foto… era de una ensalada de frutas, con una frutilla en primer plano cortada en forma trasversal y exhibiéndose en todo su esplendor.

Aquél cumpleaños fue distinto a los otros 32 en todos los aspectos. Desmond los solía recibir emocionado y, últimamente, también ebrio. Sin embargo éste, el número 33, llegó sigilosamente sin que el cumpleañero tuviese nada preparado.

El día transcurrió sin mayores sobresaltos, calor, un sol descomunal que hacía temblar a los árboles, una copa en el trabajo con dos compañeras que lo recordaron, pasó por la casa de la madre a saludar, se alquiló una película, compró un pack de latas de Heineken y se dejó caer en el sillón frente a la tele y el Home Cinema Sorround (regalo de su última ex novia al cumplir los 32). Uno de sus primos lo llamó y Desmond no lo invitó a ver la película, de seguro el gordo llegaría acompañado de prostitutas y alcohol y él debía trabajar temprano al otro día. El largometraje a ver resultó extremadamente aburrido, y entreverado con la cerveza resultó un excelente somnífero. Desmond apoyaba la cabeza en el respaldo y miraba el techo, repasando mentalmente sus treinta y tres años. Llegó incluso a hacer algunos paralelismos entre él y Jesús y se acarició la barba. Entonces el celular sonó, un minuto antes de las doce. La pantalla del smart phone de última generación anunciaba que la que llamaba era “Morocha”. Desmond atendió, y como respuesta obtuvo un orgasmadísimo “Feliz cumpleaños” a dúo. El cumpleañero quedó con el pantalón extremadamente abultado, tras escuchar a su amiga siendo penetrada y alcanzando el clímax al tiempo que le deseaba un feliz cumpleaños. Sin dudas fue uno de los mejores regalos de toda su vida, mejor que el Home Cinema, que el celular y que las entradas para ir a ver a Clapton. La paja que coronó la noche fue simplemente el moño de semejante regalo.

No era la primera vez que me mandaban a cubrir un desfile de modas, meses atrás había filmado uno de escuálidas mujeres. Sin embargo era ésta la primera vez que me llevaba una sorpresa de semejante magnitud… o varias sorpresas.

La primer sorpresa fue sin dudas al llegar al lugar: un barracón utilizado una vez al año para exposiciones agropecuarias, donde en un clima extremadamente caluroso se exhiben ovejas, vacas, corderos y conejos en el marco de un concurso de criadores. La organización del desfile proponía el tema de la utilización de pieles sintéticas en un lugar donde comúnmente se venden animales vivos.

Sólo el olor de aquel lugar ya lo invitaba a uno a retirarse, por lo que pensé en que aquello valía la pena con tal de poder entrar tras bastidores y ver decenas de mujeres desnudas, pero entonces llegó la segunda sorpresa: las modelos no eran tal cosa, sino inmensos gordos con obesidad casi mórbida que vestidos con minúsculos boxers e inmensos tapados de piel artificial de todo tipo y color esperaban para salir a la pasarela. El estómago me demostró claras señales de enojo y asco. Prácticamente corrí hasta la barra y supliqué a la moza por un whisky doble y seco. No había. Vino tinto. Tampoco. Margaritas, daikiri de arándanos o mojito eran las opciones. Dame lo más fuerte que tengas, pedí y desaparecí lo que fuera que esa mujer me dio de un solo trago.

Me propuse dejar una cámara fija desde el centro, y tomar varios planos a mano recorriendo la pasarela. Al venir acompañando de costado al primer modelo, vi a Maitè con su magnífica cámara tomando fotos. El calor era insoportable y ella estaba vestida acorde a semejante calor (era evidente que en su productora sí se tomaban el trabajo de averiguar con anticipación a

donde la enviaban y de comunicárselo a ella en tiempo y forma. La sensual morocha vestía sandalias de cuero, minifalda negra y una blusa a cuadritos, sin corpiño como casi siempre. Al verme, estando agachada a uno de los lados de la pasarela, separó ligeramente las piernas y me permitió ver que bajo la minifalda tampoco había nada. Estaba jugando conmigo. Me olvidé de mi compañero modelo y salté de la pasarela, directo hacia ella. Su respuesta a mi propuesta fue una carcajada, sin quitar el ojo del visor de la cámara, seguida de "¿Te pensás que me voy a ir con un trabajo sin terminar, y encima un trabajo tan freak como este? Estás loco". Como dije, jugaba conmigo.

El desfile duró cuatro horas y cada vez que podía, Maité me mostraba lo suyo. Yo sabía que estaba en sus manos y que debía jugar el mismo juego, así que antes de irnos pedí ayuda a un contacto de la organización y jugué mi mejor carta.

Dos horas más tarde fumábamos juntos un delicioso cigarro, de esos que después de coger saben todavía más rico. El mensaje tuvo el efecto deseado: "Morocha, ¿que decís si cuando termine esto probamos que tanto puede sudar la piel humana entre tanta piel sintética?". ¿La respuesta?, mucho, puede sudar mucho.

El mago estaba sentado entre dos troncos, fumando algunas hierbas que le permitían pensar mas allá de la limitada cabeza de los hombres comunes. Ella pasó ligera y no se percató de su presencia, rauda por alcanzar la frescura del río. El mago tardó unos segundos en volver del lugar en el que estaba, llamado a tierra por el instinto animal que un momento antes criticaba. Se abrió paso entre árboles y maleza, y al llegar la imagen lo impactó tanto que debió esconderse: la chica chapoteaba feliz, completamente desnuda y sola. El mago no se parecía en nada a los de las ilustraciones de cuentos infantiles, tenía el pelo marrón y enmarañado, los ojos color miel, vestía pantalón, camisa, chaleco y bandolera repleta de hierbas, frascos, ramas, polvos y demás ingredientes extraños para sus pócimas del alma. Era robusto, de barba espesa y no muy larga, manos toscas y botas de cazador, que había ganado al salvarle la vida a uno, poco tiempo atrás. Pero en este momento era un animal en celo, nada de lo anterior importaba mientras inconscientemente frotaba su entrepierna contra el tronco áspero que tenía delante. La chica se zambullía, levantaba las piernas, saltaba, y con aquél bamboleo de carne rosada el mago transpiraba cada vez más. Se despojó de toda ropa, rodeó la cañada que llegaba hasta el río y se sumergió. La inocente muchacha estuvo a punto de caer desmayada cuando aquél hombre inmenso surgió de entre las aguas, pero quedó hipnotizada ante la presencia de semejante péndulo masculino. Él no se lo dijo, pero no en vano era conocido como el único mago que jamás abandonaba su bastón. Ella era pequeña, frágil e inexperta, pero no idiota. Se trepó al hechicero como un mono que trepa un inmenso árbol, y al dejarse caer sintió toda la magia corporal de un solo golpe en su interior. Estuvo a punto de toser, pero el mago la tomó fuerte por la espalda y le dió tres besos,

uno en los labios, otro en medio de las tetas y el tercero justo debajo del ombligo, estallando con éste último un orgasmo compartido que asustó a los peces que se habían acercado curiosos.

Desde aquél día, en los pueblos cercanos al bosque, ninguna joven toma en serio a un hombre que se despida enviando simplemente un beso.


café
amargo

Bato soñaba con volar. Es cierto que muchos sueñan, o soñamos, con volar, pero él lo hacía muy fuerte, de corazón, creía verdaderamente en su sueño. Se pasaba horas mirando a los pájaros ir de un lugar a otro, conocía las diferencias entre sus vuelos, movía lentamente los brazos, imitándolos desde la hierba.

A veces, Bato lograba volar. Al dormirse, recorría colinas y arroyos desde el cielo desplegando unas hermosas alas emplumadas, sintiendo el viento en la cara, de ojos bien cerrados, dejándose llevar por la energía natural de la tierra, de la madre de todas las cosas que había hecho ese cielo y le había dado esas alas. También se veía desde arriba cuando en la noche, recostado contra los arces, fumaba en solitario algunas hojas violetas.

Sus amigos lo querían, pero creían firmemente que estaba completamente loco. Aún así, solían quedarse horas a la orilla del fuego escuchando sus historias sobre todas las cosas que haría el día que logre volar. Después simplemente se unían en círculos, junto a todos los demás, a danzar hasta que saliera el sol.

Una tarde, con el ocaso de fondo, Bato silbaba bien alto camino del río. De pronto, un caballo alado se le presentó de frente, era negro, brilloso y de ojos rojos. Bato se trepó a su lomo y voló.

Se aferró a aquel caballo como un niño abraza sus regalos de navidad, o como algunos amantes de las mascotas abrazan a sus perros. Y voló, voló lejos, voló rapido y alto.

Las malas lenguas dicen que durante ese ocaso fue que Bato murió. Eso dicen, pero algunos todavía hoy lo ven surcar el cielo cruzandole al sol por delante, montando su caballo alado en cada ocaso.

Las frases estaban ya hechas y eran siempre las mismas, "¿A tu edad?", "¿Para qué?", "No, el tiempo ya se pasó para nosotras". Paula estaba cansada del tiempo. Del tiempo, de las frases, de los no. Decidió explorar todas las negativas que se había cruzado en su vida, y emprendió camino.

El primero en caer fue el saquito celeste, que arrastrado por el viento se enroscó en un semáforo. Paula paró un bus, pidió el boleto mas caro y al sentarse se quedó completamente dormida. Viajó muchas horas sin saber a donde, pero era feliz. Al bajar dejó los zuecos en el asiento, ya no los necesitaba. Caminar descalza por el pedregullo la rejuveneció 15 años, se dejó guiar y su instinto la llevó a la playa. Entre las dunas abandonó ropa, anillos, reloj y colita del pelo, marrón, y muy usada.

Entonces los vió, ella y él, con cuerpos mucho más jóvenes pero almas del mismo tiempo, se amaban. Paula se unió al ritual, ellos la recibieron de brazos abiertos y desnudos, la arena fue la mejor cama de su vida donde ya no importaron los dolores y el cielo estrellado se transformó en el mas hermoso de todos los techos.

La oscuridad sin embargo, secundada por el resplandor de la luna, se convirtió en el escudo que ya no dejaba ver aquellas luces.

Cierto día Benson dejó de caminar.

Su familia y sus amigos continuaron con sus vidas como siempre, sin notar el detalle de que el viejo permanecía sentado en su mecedora de caoba a un par de metros de la puerta, en la sala de estar.

Poco a poco dejó de prestar atención a los demas y decidió ojear fotos viejas. Se emocionó con recuerdos de la decada del 30 que casi no tenía presentes. Su porte duro, rígido, metido dentro de aquel traje gris al bajar del barco lo hizo reirse. Reía solo, era un estorbo en una sociedad donde los viejos eran descartables.

Las fotos del casamiento borraron su risa, que bien le quedaba aquel vestido blanco. Benson sufrió el primer dolor en el pecho, como si un sicario hubiese llegado hasta él totalmente en silencio para clavarle una daga en el pulmón. Una lágrima mojó la foto del beso, ese primer beso de Señor y Señora Benson.

Después desfilaron tristezas y alegrías, el viejo Chevette azul de dos puertas cuyo carburador parecia tener vida propia y funcionar según su estado de ánimo, la casa de campo, la mecedora de caoba que ella le regaló. Otro dolor, esta vez el sicario apuñaló más arriba, en el corazón.

Uno de sus nietos pasó cerca, tomó un libro de la biblioteca y tras un breve "chau abuelo" desapareció por el pasillo del fondo.

Benson pensó en encender la estufa, pero se olvidó enseguida. Ultimamente le costaba una enormidad recordar cosas efímeras, como encender una estufa o tomar una pastilla. La cabeza la utilizaba en recordar cosas mas importantes, cosas como que perfume usaba ella, cual era su canción preferida, la forma en la que gemía y gritaba cuando hacía el amor, el aroma de su piel mientras

dormía después, la claridad de sus ojos cuando lo despertaba a la mañana, el olor a café...

El sicario perdió los modales, y comenzó a tirar de su brazo izquierdo hacia el suelo, lo que generó más dolor a Benson a lo largo del brazo mientras le hundía puñaladas en el corazón.

No le importaba, pensó en ella.

Una foto le trajo a la memoria los últimos días, cuando estaba casi irreconocible salvo por el brillo de sus enormes ojos marrones. Inclinado sobre la izquierda y con el brazo entumecido, fue embestido por el sicario vestido de negro que lo miraba desafiantemente. No podía entender como aquél viejo enclenque que no había caminado en días no caía al piso fulminado. Benson soportaba el tercer preinfarto seguido, estoico, a sus noventa y tres años de vida.

No le importaba, ya nada más le importaba. En la habitación de al lado su hija discutía con el esposo por dinero, si lo gastaban en ampliar el cuarto del abuelo que necesitaba mas espacio o en renovar el auto. Uno de sus nietos ojeaba las fotos de la revista porno que escondía dentro del libro de historia que acababa de llevarse y el otro fumaba a escondidas en el patio mientras miraba al cielo y pensaba lo sólo que estaba y lo cruel que era su vida.

Mozart, el Settler Irlandés que lo acompañaba hace veinte años lo miraba fijamente y gruñia al sicario. No podía verlo, pero su olfato le decía que estaba allí.

Benson estiró la mano derecha y lo llamó. - Calma - le dijo - no pasa nada. No hay porque preocuparse. - Mozart se echó en el piso hasta que el viejo relojero cayó desplomado y entonces aulló de dolor, seguido en cadena por el resto de los perros del barrio.

Unas semanas después la mecedora de caoba se vendía en E-Bay por algunos dólares, y Benson ya no necesitaba fotos para recordarla, y mucho menos, dolores.-

La Muerte estaba retrasada, cosa extraña en él. Durante los últimos ocho meses no había pasado un solo martes sin estar ahí puntualmente a las ocho menos diez. Verán, los martes es el día en el que La Muerte tiene menos trabajo, como punto opuesto a los domingos. Es por esto que se juntaba en lo del viejo José a jugar al truco.

De los seis jugadores habituales, José era por amplio margen el más viejo. Se había encontrado hacía muchos años con La Muerte en el burdel de Doña Rebeca, donde apostaron que hasta que La Muerte no le ganara un partido de Truco, no podía llevárselo. José tenía noventa y ocho años que no aparentaba en lo más mínimo.

El antiguo reloj de pared movía perfectamente su péndulo, y marcó las nueve. Antonio, hijo mayor de José, abrió la segunda botella de anís. Los cinco estaban jugando de a cuatro, rotando puesto los hermanos León cada tres manos. José estaba nervioso, armó un cigarro mientras acariciaba al perro y Jaime repartía las cartas.

- Envido – dijo el León Chico, - No quiero – respondió José. El partido se acababa, si La Muerte estuviese ahí ya saborearía la victoria. Otra botella, esta vez de Whisky. Luján, la más gorda de las nietas de José, cortó queso y lo dejó en la mesa. José bajó las cartas, miró a Antonio y recibió las señas. Ojos cerrados, ambos estaban igual, ni una buena para jugar.

- Quiero – dijo José. El León Grande contestó – Mostrá – y Jaime bajó su carta. Terminó el partido. Cada uno volvió a su casa y el viejo salió preocupado. Subió al auto y manejó durante cerca de una hora. El farol rojo del burdel daba la bienvenida. Ya conocía el camino, la puerta estaba abierta, recorrió el pasillo, entró en la última habitación de la derecha.

La Muerte tenía los ojos rojos, hinchados, en cuanto vió entrar a José se secó las lágrimas con la manga de la camisa. Permanecía inmóvil sentado junto al cadáver de Rebeca, desnuda en la cama y cubierta de sangre. Largando una bocanada de humo lentamente, apagó el cigarro contra el piso, se levantó y le puso la mano en el hombro a José. - ¿Perdiste? – preguntó muy serio. – Si, y por mucho – contestó José.

Afuera empezó a llover, José se fue en el auto antes de que llegara la policía al burdel. En la cabeza sólo le quedaban preguntas, - ¿si La Muerte iba al partido, que cartas habrían estado en juego?

Ya nada más importaba, aquel pequeño trozo de metal había cambiado el rumbo y ahora el destino jugaba sus cartas. Quedarse llorando era en vano, nada lo traería de vuelta. El tiempo permanecía suspendido en un segundo testarudo que se negaba a irse. Volvió a mirar afuera, miró la foto, las tantas medallas, la bandera doblada con milimétrica precisión y la hoja cuyas lágrimas habían transformado en reguero de tinta desteñida. Ella se escondió de ella misma en el baño. Miraba las cartas que el azar repartía y temblaba, inmersa en agua, jabón y esencias. Cerró los ojos y lo vió cerrándolos. Ella era joven y el camino largo. Una madre no debería tener que enterrar a sus hijos, pensó, y el odio no le permitía pensar.

Contempló el espacio, los lujos, las cosas por las que se cambiaban vidas y sueños.

La trampa, al fin y al cabo, es parte del juego y ella tomó ese camino, ese atajo llamativo. Empuñando venganza y rencor encaró la calle con paso firme, pero el azar barajó de nuevo y la lluvia le enfrió los ánimos.

Volvió adentro y se sentó prácticamente inmóvil en el sillón. El destino repartió y ahora si, tal vez, tenga una buena mano. Mientras tanto, el cansancio acabó por ganar este partido, y ella durmió.

Hubo un silencio. Algo en su cabeza cambió para mal, dejó de funcionar. Era una señal de alerta. Sintió el dolor pero hizo caso omiso y siguió con lo suyo, trabajando duro.

El Diablo no parecía tal cosa. Alto, algo tosco, de pelo y barba blanca, camisa a cuadros y jeans. Llegó, arrimó una de las sillas a la mesa y se sentó. Llevaba una vieja mochila de cuero de donde sacó un reloj de arena, un par de hojas escritas a mano y una pluma de tinta roja.

La arena comenzó a pasar de un sector del reloj al otro. – Te quedan quince minutos – dijo el Diablo – a menos que quieras sentarte a negociar - .

Julio no prestaba atención, tenía que trabajar y aquel dolor apenas le permitía pensar. El Diablo habló – cada uno de estos granos de arena representa el tiempo que te queda de vida, te estoy dando una oportunidad única de alargar tu vida, a cambio de un precio justo – Julio ahora escuchaba, sin reacción.

- El dolor en la cabeza, Julio, no es menor. En menos de diez minutos vas a sufrir serios problemas de salud y morirás en el instante – Silencio – Te ofrezco dos años mas por cada minuto que ahorremos – sentenció el Demonio rascándose la barba.

Pasaron ocho minutos, cientos de granos de arena cayeron y el dolor se intensificó muchísimo. Julio se sentó a la mesa - ¿cuál es el trato? – preguntó. – Julio – respondió el Diablo – solo quedan diez segundos -. Julio tomó la pluma para firmar, sudando, el dolor no le permitía pensar. Un último grano de arena se desprendió y cayó.

Cuando Sajo se dio al abandono la casa todavía no olía a rancio y humedad intensa. Permanecía en el aire el aroma tropical del limpiador de pisos y la ventana del pasillo permitía que el aire entrara. Sajo se encontró frente al espejo, tres meses después de cerrar aquella puerta. Las manos sobre la mesada del baño, pesado, dejando caer todo su peso sobre los brazos. Cruzó la mirada con él mismo, tardó seis minutos en notar que ese era su propio reflejo. Peludo, ojeroso, cansado y con la piel de color gris. Las imágenes del accidente rara vez abandonaban su cabeza. Agarró el cepillo de dientes mohoso, lo enjuagó, le puso un poco de pasta y al meterlo en la boca sintió ganas de vomitar y lo escupió. El cinturón de seguridad le había fracturado una costilla y fisurado un par mas, noventa días antes. Al pasar junto a la cama levantó la botella de Cognac y le dio unos largos besos, los que aplacaron el sabor mentolado en su boca. Se dejó caer en el sillón que ya poseía la forma de su contorno y sin abandonar la botella se puso a canturrear un tanto triste.

No fue su culpa, el juez falló a su favor, pero la muerte se llevó tres almas y sólo eso le importaba. Nunca volvió por el auto. Cerró la puerta de la casa con llave y la tiró por el wáter. No sabe que día es, ni quiere saber, ni quiere pensar, no puede dormir, no puede escuchar ni una sola vez más “que suerte que tuviste”.

Bromhady terminó secundaria y se mudó con sus tíos a las afueras de un pueblo en Madrid para jugar en el Castilla, ascendiendo rápidamente al primer equipo del Real Madrid. Su mejor amigo, Braad, probó suerte en el equipo juvenil del barrio de ambos en Gales y terminó fichando por el Everton, apenas seis meses después.

Eugenio nació en Tacuarembó, pero se crió en Montevideo con su hermana y la madrina de ésta, esposa de un comerciante judío que asumió la potestad de ambos niños cuando sus padres no podían siquiera darles de comer. A duras penas cursaban las materias que podían del liceo con Rody, su mejor amigo, más conocido como "el Negro Murillo". Ambos practicaron durante todas las divisiones juveniles en la aduana, jugando para Alas Rojas, la filial que River Plate posee como semillero. Ahora llegaba el momento de la verdad, Rody tenía la chance de debutar en primera, y Eugenio recibió una oferta de Bella Vista para practicar con el equipo de tercera.

Antonino "Locomotora" Sangiovanni es un zaguero central próximo a cumplir los cuarenta años. Su padre llegó de Valle de Aosta (el pueblo menos poblado de Italia) a Argentina poco después de casarse, y tras establecerse como zapatero en Buenos Aires fue a parar a La Unión, barrio de Montevideo. Crió a sus hijos con los mismos valores que él mismo había recibido en su crianza y alentó siempre a su primogénito, Antonino, en la carrera futbolística que éste había decidido seguir.

El sueño de Locomotora era jugar en Peñarol, disputar la final de la Libertadores y pelear después por el título de campeón del mundo contra la Juventus de Turín, equipo que su padre amaba con locura. No estuvo tan lejos

de cumplir aquellos sueños, tras jugar una semifinal del mayor torneo continental de América con Argentinos Juniors y otra con Peñarol, frente al temible Fluminense de Brasil. Tuvo un breve pasaje de apenas 5 meses en el Torino, a préstamo, recalando finalmente en Bella Vista, actual equipo en el que juega cada fin de semana.

Eugenio soñaba algo parecido, ser campeón del mundo con Peñarol, y jugar la final de la Libertadores contra su hermano de la vida, el Negro Murillo, formando parte éste de las filas de Nacional. De pronto y sin saberlo en ese momento, todos estarían firmando la misma semana un boleto hacia la chance de cumplirlo por completo, o de olvidarlo para siempre.

Bromhady se tomaba el fútbol como un trabajo cualquiera. Era su empleo, y tenía la suerte de trabajar en uno de los principales equipos del mundo. Braad rompió todo tipo de records en la Premier League, marcando goles con ambas piernas y logrando colocarse como escolta del máximo anotador con sólo 20 años de edad.

Fue entonces que el destino mezcló y juntó las cartas de todos estos personajes. Bromhady y Braad recibieron una oferta para incorporarse como volantes de la Juventus, mientras que Eugenio escuchaba con los ojos llenos de lágrimas a su representante, confirmando la noticia de que Peñarol lo quería como refuerzo para el equipo que enfrentaría en breve una nueva Libertadores. Rody por su parte se había consagrado en el primer equipo de River Plate de Montevideo y jugaría también la fase de grupos junto a Lanús de Argentina, Vasco da Gama de Brasil y Cúcuta Deportivo, de Colombia.

Locomotora, todavía con la camiseta de Bella Vista por adentro del short, y el short bien arriba, veía los partidos noche a noche en la cantina del club. River

Plate y Peñarol se abrieron paso, dejando por el camino a gigantes del futbol sudamericano y mundial para enfrentarse en semifinales. Eugenio y Rody se abrazaron muy fuerte luego de la definición por penales en la que ambos lograron marcar, pero que Peñarol ganó por uno para avanzar a la final. Locomotora almorzaba también en la cantina del club, para seguir de cerca el progreso de la Juventus en la Champions League, maravillado con el buen juego de los galeses juveniles que su equipo alineaba como titulares partido a partido. Antonino le había pedido a su hijo Franco que lo ayude a buscar información en internet y, aunque lo sospechó todo el tiempo, confirmó en Wikipedia que Bromhady McAllechist y Braad Peruubians habían jugado juntos en la infancia. Locomotora lo sabía, lo había notado en el juego, se conocían de memoria. Aunque ambos jóvenes se desempeñaban como volantes, Antonino fantaseaba con ser él uno de ellos y gritar un gol en el Delle Alpi, en el San Siro, o en el estadio del Galatasaray, equipo que lo había fascinado ya de grande.

Peñarol logró, a pesar de la adversidad de las previsiones de los expertos, y de la escasez de títulos de los últimos años, ganar la Copa. Los hinchas invadieron el centro y las plazas de Montevideo, saltaron, gritaron, se bañaron en alcohol, hicieron el amor en sus casas, en la calle, comenzaron a juntar dinero para viajar, cumplieron promesas insólitas (Locomotora, sin ir mas lejos, se hizo una cresta en el pelo, aunque no le confesó a nadie que era por una promesa) y lloraron hasta no poder más.

El último partido de Peñarol antes de viajar al Mundial de Clubes era frente a Bella Vista. Eugenio no pudo dormir en toda la noche, estaba desbordado de energía, quería ganar ese partido y partir rumbo a Asia sintiéndose ya campeón del Mundo. Locomotora tampoco pudo dormir, el equipo que amaba con el alma volvería por fin a pelear por un título mundial, y en señal de

admiración llevaría consigo un banderín que su padre le había comprado la última vez, para regalárselo a alguno de los jugadores manyas como amuleto de suerte.

El día llegó, un domingo soleado con un estadio colmado de gente. Bella Vista salió primero a la cancha del Centenario, aplaudidos sus jugadores por los hinchas que fieles a su equipo alentaban desde la tribuna América. El estadio explotó en papel picado y serpentinas cuando Peñarol saltó al campo de juego. Locomotora estaba emocionado, se retiraría después de ese partido y dedicaría su tiempo a estudiar para ser técnico de juveniles. Con los ojos empapados en lágrimas y los labios apretados, vio pasar por delante uno por uno a los campeones de América. Apretó la mano uno por uno de sus ahora rivales con orgullo, para entregarle después rápidamente su banderín al capitán.

El partido transcurrió con normalidad, con una tranquilidad extrema, hasta que la hinchada de Bella Vista comenzó a corear a Locomotora, seguidos inmediatamente por la hinchada de Peñarol que no olvidaba a uno de sus ídolos. Antonino, a pesar de sus casi cuatro décadas de vida, se abrumó, las emociones lo tomaron por sorpresa y lo llevó a jugar como si aquella fuese la final del mundo. De pronto el rival no vestía remera con rayas amarillas y negras, sino blancas y negras, el estadio pasó a ser el emblemático estadio de Yokohama y el día dio lugar, en la mente de Locomotora, a la noche. El cuarto árbitro marcó un cambio, y Eugenio se metió en el campo de juego, aunque el veterano zaguero vio entrar a Braad. El joven volante de Peñarol se enchufó en el partido desbordado de energía, con la idea fija de hacer un gol. Apenas dos minutos después dejó atrás a todos los zagueros, para quedar cara a cara con Locomotora Sangiovanni. El veterano central, último exponente de los líberos

uruguayos, estaba completamente ciego de realidad: “Este guacho habrá pasado a todos los zagueros de Europa, pero a mí no me va a pasar”.

Carlos Anchetta, árbitro del partido, sufrió al tener que expulsar al jugador que se retiraba ese mismo día de las canchas. Sacó la roja y sin mirarlo a los ojos se la mostró. Entonces Locomotora entró en razón, pero no pudo consolar al joven que retirado en el carrito de la sanidad lloraba de dolor, pero más todavía de rabia. Los médicos diagnosticaron fractura de tibia y peroné.

La cantina de Bella Vista estaba llena un par de semanas después, y miles de kilómetros de distancia, entre risas, Bromhady y Braad leían en internet información sobre un país llamado Uruguay, del cual al parecer venía el equipo contra el que jugarían hoy.

La chica disfrutaba acostada en el pasto al sol, cerca de los juegos para niños del Parque Batlle. Un vendedor de maní y garrapiñada se detuvo a mirarla por largos minutos, mientras dos niños jugaban a la pelota entre los árboles emulando a grandes jugadores de la selección uruguaya campeona de América. El joven leía a Onetti recostado en un muro, fumando unos pequeños habanos de esos que vienen en lata y saben a vainilla. El viejo acudía a misa todos los domingos por la mañana, sin excepciones, no fumaba ni bebía y le gustaba llegar caminando a la iglesia exactamente quince minutos antes del sermón. Tenía además, aquel viejo de gabardina beige, un perro lanudo que lo seguía a todas partes.

La chica apagó el i-pod y Cerati cesó de cantar abruptamente. El vendedor de maní atendía a los niños que exhaustos ya no jugaban al fútbol y gastaban las monedas que encontraron en la calle para llevarse un cono de diario repleto de frutos secos humeantes. El joven cerró el libro y al levantarse observó una pelota de fútbol huérfana junto a un árbol, la cual, al notar la pareja de niños alejándose del lugar supuso olvidada y no reemplazada por un cono de maní. La tomó en sus manos y recordando épocas de golero de fútbol universitario le pegó una tremenda patada al grito de “¡Gurises, la pelota!”. Claro, el joven nunca fue un gran golero, por lo que la pelota acabó estrellándose contra la nuca de la chica. Las disculpas del caso, la pelota en mano a los niños que huyeron corriendo y a las risas con ella. Una invitación a tomar un café como disculpa y el número de teléfono de la chica con la promesa de volver a encontrarse. La misa se extendió más de lo acostumbrado, el cura había tenido una noche complicada entre gripe e insomnio y por momentos se perdía al

hablar. Al salir, el viejo encontró al perro lanudo dormido y sonrió, verlo así acostado patas arriba resultó una escena a colores en su vida monótona y gris. No podía concebir de forma alguna pecado en aquel animal.

El joven no creía en el amor. La chica creía en el matrimonio pero también en algo que leyó en facebook: besar varios sapos antes de encontrar el príncipe azul. El viejo creía en Dios y en limpiar las impurezas del mundo.

El segundo encuentro se dio en un pub, ella con dos amigas, él con un primo. Bebieron cerveza casi toda la noche, tomando la mala decisión de incluir vino y ron sobre el final. El joven nunca le había aguantado el pelo a una mujer mientras ésta vomitaba, recordó en ese momento algo que decía su hermano mayor sobre que el sexo con mujeres mientras vomitaban era más fuerte debido a los espasmos del abdomen. Intentó acariciarla como para entrar en acción pero la chica se desmayó. Ninguno de los taxis les permitió subir y tras casi hora y media de espera terminaron durmiendo en los bancos de la plaza de Andalucía, en el parque Rodó.

Tardaron un par de semanas en volver a verse. Los padres de la chica viajaban a la casa de unos tíos en Brasil, por lo que la casa de campo estaría vacía. Fantasearon chateando durante varias noches sobre todo lo que harían al llegar allá, alimentando emociones fuertes y promesas calurosas. La chica no necesitó más que la simple excusa de invitar a unas amigas a pasar el fin de semana y aprovechar para respirar aire puro. El joven no le rendía cuentas a nadie.

El viejo comía un plato de arroz con queso cuando el perro comenzó a ladrar insistentemente en la puerta. Rascaba las tablas de madera y gruñía. Las

estrellas de a una agujereaban el cielo oscuro, mientras el gato marrón de los vecinos parecía hurgar en la basura. Al salir el perro lanudo, Simón, nombre con el que aquel gato había sido bautizado en honor a Bolívar, huyó despavorido.

Otra noche complicada para el cura, preocupado por varias de las confesiones de sus feligreses, por el poco efecto que parecían tener en él los antigripales y por aquél insomnio invasivo que lo tenía hasta las tantas leyendo a Alexandre Dumas. Se levantó y fue a la cocina por un té con limón, reparando en el camino en todas las fotos de bautismos que colgaban en el pasillo. También se tomó unos minutos para descolgar algunas de casamientos y mirarlas de cerca con especial atención. Días atrás había visto en la plaza a una pareja de jóvenes encantadores y soñaba, o pretendía hacerlo cuando lograra vencer al insomnio, con casarlos en su iglesia. No llegó a encender el fuego, ni siquiera a llenar la caldera de agua. El sueño lo venció sumergido en el sillón de terciopelo viejo que solía juntar libros en el pasillo, con aquella foto de una primera comunión celebrada cuatro años atrás entre las manos.

El agua estaba tranquila, negra, al acecho. No había movimiento alguno y mirando de lejos parecía que el pequeño bote estaba suspendido en el cielo. Apenas algún grillo, muy esporádicamente, rompía el silencio. El viejo permanecía sentado, los ojos fijos, las manos quietas, la boca seca. La luna en lo alto coronaba el cuadro que era todo un paisaje oscuro bañado de luz. Silencio. El viento se dispuso a soplar, hamacando el bote suavemente de un lado a otro. Nada. Silencio. Los árboles se sacudían un poco y nada más. Contó de vuelta las estrellas, desde la Cruz del Sur hacia la derecha, siempre hacia la derecha. Silencio. Acomodó los remos y estiró un poco las piernas. Silencio. Un

trago largo a la bota repleta de agua humedeció la garganta. Risas. Las pupilas del viejo se dilataron. Todo pareció inmovilizarse todavía más. Risas, más cerca. Abrió el bolso de cuero viejo y sacó la Biblia. Risas, dos, hombre, mujer. Se persignó, tomó la Biblia entre las manos bien fuerte y rezó en silencio. Risas, pasos apresurados, ramas quebrándose. No había cañas en el bote. Risas. No había carnada en el bote. Risas, arbustos moviéndose bruscamente. No había ningún rastro de pescados en aquel bote. La Biblia volvió al bolso. Las manos curtidas tomaron los remos y el bote llegó a la orilla silenciosamente.

La chica ya estaba desnuda y encima del muchacho cuando el viejo le atravesó el pecho con aquél puñal de plata. Bañado en sangre y excitadísimo, el joven no ofreció resistencia y recibió tres puñaladas manteniéndose en un completo estado de shock. El viejo volvió al río y se lavó las manos. Tomó la pala, cavó dos tumbas, enterró los cuerpos, como siempre cerca de donde estaban los eucaliptos, rezó de rodillas y volvió al medio de la laguna.



café con especias

“Prefiero quedarme con la intriga por ahora” dijo Maitè con voz suave y un tanto sugerente, al punto de que si hubiese sido un mensaje de texto o unas líneas de chat esa frase habría terminado con tres puntos suspensivos.

Santino no quería colgar, sentía un fuerte impulso de decirle una cadena de ideas obscenas que se le cruzaban por la mente, sumada a sus ganas de verla desnuda, caliente y pidiéndole “Quiero más, quiero más”. Pero se tranquilizó y adoptando un tono de respeto comenzó a tratarla de usted. Maitè permaneció callada, respirando hondo, entonces dijo “Me encantó que me trates de Usted, denota cierto respeto muy oportuno dada la intensidad de la charla”. Santino ofreció su disponibilidad para cuando ella así lo dispusiera y terminó la conversación.

El calor se apoderó del muchacho dominando su mente y su cuerpo, la imagen de aquel tatuaje al desnudo en la zona baja de la espalda apenas arriba del culo podía con él. La imaginaba en cuatro patas, intentando descifrar cómo serían sus tetas sin ropa de por medio, girando la cabeza hacia atrás para mirarlo. Decidió calmarse, aquella batalla (o juego) no se ganaba con una actitud apabullante y llevándose todo por delante, eran cruciales la paciencia y el misterio. Volvió a leer los libros que ella le recomendó, fantaseando con las escenas mas eróticas y poniendo a los personajes su rostro y el de Maitè. La veía acostada, bañada en transpiración y leche, perdiendo la concentración luego de una seguidilla de fuertes orgasmos.

Los siguientes días fueron una tortura, Maitè no daba señales de vida y Santino moría de curiosidad, el morbo le carcomía los ojos. “Lo peor – pensaba – es que aunque estamos al borde, ella no cruzó ninguna línea, su comentario más jugado fue que la intriga la hacía querer saber más”.

Santino no se lo había confesado jamás a nadie, era un secreto que llevaba muy bien guardado, pero había fantaseado con Maitè desde la adolescencia. Ella siempre estaba preciosa y su mirada poseía una sensualidad indescriptible. Moría por verla desnuda, todavía lo hace ya que continúa siendo algo pendiente. Poco después de cumplir los veinte perdió el contacto hasta que una noche la soñó, desnuda y dominante, jugando con él y su cuerpo como una verdadera puta de oficio, de esas que cogen pura y exclusivamente por calmar el fuego que les quema entre las piernas. Santino se levantó directo hacia la notebook, escribió la dirección de una conocida red social en Internet, ingresó nombre y apellido de Maitè hasta que en la pantalla el buscador arrojó varios resultados, pero Santino atinó de primera. Le escribió un mensaje diciéndole que era una nena hermosa y poco menos que rezó para que ella contestara y de buena forma.

Las cosas salieron bien, desde un primer momento ambos jugaron con las palabras, pero ahora Santino buscaba ser cada vez más agresivo, intentando no perder pisada. La había visitado en su casa y recorriendo las habitaciones intentó acercarse más hablándole de lo sexys que le parecían los tatuajes, de sexo, de literatura. Pero no pasó nada, al momento de despedirse tuvo ganas de volver a entrar, de tirarla en el sillón y comerle la conchita en forma endiablada, de hacerla gritar hasta que los vecinos pudieran contar los orgasmos que la fueran sacudiendo, sin embargo la saludó y se fue, pensando tan profundamente en el coño de Maitè que llegó a poder saborearlo de tanto imaginar.

Entonces el momento llegó, en la mesa dos botellas de Carmenere parecían mirarlo fijamente, como si el vino estuviese deseoso de meterse dentro de Maitè al igual que el él. Tanto el calor como la emoción lo dominaron, tomó papel y lápiz para escribir una lista de todas las cosas que quería hacerle, el

pantalón comenzó a quedarle estrecho, la sangre abandonó su cabeza superior para irrigarle en forma casi violenta la pija. Aquella mujer era un sueño, una mujer con “M” mayúscula.

Una y otra vez repasó la escena que había leído en el primero de los libros: la habitación de hotel, los vasos, el alcohol, el sexo desenfrenado, despreocupado, infiel. Santino sólo quería agregar un par de cosas personales a dicha escena, condimentos, acciones que no podían dejarse de lado y que el autor había escrito de otra forma, como para mantener la calentura, “convengamos que es una estupidez”, pensó. Armó un cigarrillo de marihuana bien grueso, pensando en hacerle algunos comentarios alusivos a su tamaño propio mas tarde.

Sonó el celular, miró la pantalla y respondió una y otra pregunta que ella fue enviando. Lo que pasó después es otra historia, por ahora… quédense con la intriga.

Nahia sintió placer al notarse observada por primera vez a los catorce años, poco después de desarrollarse y de pasar a tener uno de los mejores cuerpos de todo el colegio. Al salir de gimnasia se encontraba en el vestuario, secándose con su toalla rosa después de una ducha caliente. Detrás de la puerta de servicio advirtió al conserje mirándola, con algo en la mano y aspecto agitado. Al comentárselo a su prima ésta respondió entre risotadas que el gordito raro encargado de limpiar se estaba masturbando mientras la espiaba, y que no era para menos, - con esas tetas que tenés ahora!-.

Lo que empezó como algo casual, pasó a ser una travesura divertida. Con dieciocho conoció la web cam y entre danzas eróticas y stripteases completos hizo manchar mas de un teclado. De esta forma llegó su primera experiencia laboral, desnudándose frente a una cámara por 600 dólares la jornada.

A los veintidós Nahia salía del baño desnuda y se paseaba así por el pasillo y el dormitorio de su loft en Palermo Hollywood. Llegó una vez a sentarse en el borde de la inmensa cama King Size para masturbarse frente a los incrédulos ojos de su vecinito de enfrente.

Los problemas llegaron cuando descubrió que esa era la única forma que encontraba de placer, de satisfacerse a nivel sexual. Si no estaba siendo observada desnuda o semi desnuda, y masturbándose ella misma, no lograba plenitud sexual alguna.

Varias noches salió del baño para dirigirse directo a la calle, vistiendo únicamente sandalias. Llegó a sentarse en la entrada de la Universidad de Palermo para hacerse una paja demencial frente a los estudiantes de la Licenciatura en Marketing.

No podía mas, dejó de creer que era esa su única forma de relación sexual y se pasó de Jueves a Domingo yendo a los mejores clubs de la ciudad. Del club a un hotel con algún macho bien formado, y del hotel al balcón del loft, sola, desnuda, a pajearse frente a todo el que quisiera mirarla.

Los años no esperaron por ella, dejó el trabajo on line y después de un curso intensivo consiguió un puesto de privilegio en la biblioteca de la Universidad Católica como bibliotecaria, trabajo al que concurría sin ropa interior, lo que captaba la mirada de mas de uno y una que se agachaba a recoger algún libro caído.

Entonces en los treinta llegó por fin el inicio de una vida disfrutable. Una pareja que curioseando en internet le propuso la oferta inversa: coger frente a la web cam mientras ella los miraba. Fue sublime, encadenó dieciséis orgasmos hasta empapar la silla con fuertísimas eyaculaciones femeninas. Luego de la cuarta sesión acordó un encuentro, que terminó transformándose en una relación de por vida.

Es posible que no sea el final perfecto, de esos que suelen ser sucedidos por los créditos y una banda sonora que deja entrever que todo está bien, que la protagonista se encaminó y ahora está casada, lava los platos y cría los hijos. Lo sé, pero les aseguro que a pesar de la desviación en su ruta Nahia se divierte mucho, mucho, mucho.

Juan era nuevo en el liceo, hacía pocas semanas que había entrado a dar clases, cuando llegó Vero. En el equipo ambos fueron aceptados e incluidos rápidamente y sólo semanas después de haber ingresado al liceo, ya estaban siendo invitados a reuniones nocturnas en algún bar con todos los compañeros.

Juan la había mirado un par de veces a Vero, pero hasta esa noche no le había pasado de quedarse embobecido mirándole las tetas. En el correr de la noche, con varias copas encima, le lanzó varios comentarios sobre sexo que al principio hicieron sonreir a Vero, y luego la llevaron a cambiarse de silla.

Una tarde, cuando se acercaban vacaciones para los adolescentes, Juan y Vero se enteraron que deberían asistir a un congreso ya que eran los elegidos por el cuerpo docente para representarlos. Ese congreso duró una semana y les fue sensacional, funcionaron como si se conocieran desde siempre. Los jóvenes acudían gustosos a las charlas que Juan y Vero impartían por la mañana. Juan aprovechó nuevamente para observarla con detenimiento y convencerse de que Vero de verdad tenía buenas tetas. Ella lo dejó encerrado en un salón, el último día del congreso, y él respondió a la broma con un sms que decía “Para la próxima encerrate conmigo”.

Llegó la juntada de compañeros de trabajo del mes de Agosto, y Vero se apareció con una chaqueta de cuero nueva y un par de botas muy sexys. Juan perdió el control de su mente, guardó cada imagen de ella, con la campera abierta, cerrada, con las piernas cruzadas, guardó los tacos de las botas, el brillo. Si hubiese sido por él, la habría agarrado de la mano y apoyada contra la pared del pasillo se la habría cogido ahí mismo. Ella disfrutó de la noche, de los

tragos, bailó, hizo comentarios subidos de tono y de vez en cuando echó alguna que otra miradita a Juan.

Una noche, Juan se despertó exaltado. Había soñado con las tetas y la conchita de Vero, que se apareció en su sueño vistiendo sólo la chaqueta nueva y las botas de cuero. Muy depilada, muy caliente. Y sin dudarlo demasiado, al encontrarla en un chat, se lo confesó. Ella respondió sonriendo al cuento del sueño, y le dijo que sería mucho más disfrutable si hubiese mas sugerencia, mas erotismo, que un sueño así se asemejaba mucho con una película porno demasiado artificial.

Un nuevo sueño llegó, en el que ella lo invitaba a tomar algo. Él se sentaba en un sillón, vistiendo jeans, zapatos de cuero y una camiseta negra. Ella se fue, y al volver estaba vestida con lencería erótica negra, la chaqueta de cuero y las botas. Juan le besaba el cuello fervorosamente y ella le agarraba la pija por arriba del jean, acto seguido le sacaba la remera y le volcaba encima un vaso de vodka con hielo para después lamerle todo el pecho y el cuello como si él fuese parte del trago. Al ver los jeans todos mojados, Vero decidía sacárselos, y al mismo tiempo se sacaba ella el corpiño, como si todo formara parte de un juego. La pija de Juan abultaba bajo el bóxer negro con rayas blancas. Ella se ponía de espaldas, le apoyaba el culo a Juan bien en el medio de la pija y después se alejaba. Caían la chaqueta y el resto de la lencería, quedando Vero solamente en botas. Volaba el bóxer, desde los ojos de Juan se veían los ojos de Vero, aplicada a su tarea sin cortar la mirada. Cuando este estaba a punto de acabar y le temblaban las piernas, Vero se la sacaba de la boca y se recostaba de espaldas en el piso, haciendo señas para que Juan entrara en acción. Éste obedecía automáticamente la orden, para quedarse en su boca con diez orgasmos encadenados de ella. Cuando Juan no terminaba de reaccionar ante lo ocurrido, ya estaba nuevamente de pie con Vero

comiéndosela otra vez, como una desesperada, que al sentir otra vez el temblor de las piernas de Juan se la sacaba de la boca para ser bañada por completo.

La ventana de un nuevo chat se abrió, sin que ella esperase de si misma semejante reacción y mucho menos con el frío que hasta ese momento sentía.

A la morena le gustaba la buena vida. Solía decir que no quería morirse sin propasarse con todos los límites que la sociedad y el colegio de monjas le habían impuesto. Entre otras cosas, con esa filosofía pseudo kamikaze de ir sólo hacia adelante, logró con dos copas de vino de comunión y unos mimos entre labios generarle cuatro orgasmos en cadena a la hermana Aurora.

El día que la echaron de aquél lugar creí que yo seguiría virgen por siempre. Sin embargo, la vez que me vio dibujar en el galpón con los dedos llenos de tizne pude haber muerto de placer entre los pechos bañados en licor de semejante mujer insaciable. Apenas terminó se encendió un cigarro y echandome el humo en la cara me dijo que el dibujo era una mierda, que desde ese momento la dibujaría a ella. Y fue mi única modelo de desnudos.

Yo era un idiota agarrado de los huevos y encima feliz por eso, la dibujé hasta tener callos en los dedos, y no fueron los únicos callos que me generó.

Un día la vi semi desnuda oculta tras el palomar de la azotea, con varios de los amigos de mi padre que la manoseaban groseramente y eso me gustó muchísimo, ella se dejaba llevar y a mi me tomó solo unos quince segundos irme.

La noche antes de matarse con el auto dijo que quería enseñarme algo, me agarró fuerte del pelo y mirandome fijo a los ojos comentó que le fascinaba beber del pico. Terminó la copa de Chateau La Reboir que traía y empinó la botella, me la dio y se perdió arrodillándose ante mí. Estuve a punto de desmayarme cuando dejó de hacer lo que segundos antes confesó que disfrutaba, y entonces comprendí.

En la familia, a mi tía la morena, todavía le dicen La Loca.

Él estaba realmente enamorado, recién llegado de otras tierras y encantado por el perfume y los ojos de ella. Ella era dulce y tierna, como él, inocente, estudiosa, aplicada y divertida. Él le ofreció un poema, ella le regaló un beso, él una invitación a su casa donde ella se olvidó la túnica de la escuela. El la olió, se llenó de su aroma, ella sabía, él por primera vez experimentó una erección, ella se fue a casa con unas raras cosquillas, él se metió en el baño, ella se metió en la cama, él tuvo un rápido orgasmo, ella no, él no entendía lo que estaba pasando, ella quería más, él tenía un pretexto para hacerla volver a su casa, ella quería volver, a él no se le pasaba por la cabeza el sexo todavía, ella quería sexo. Se movían bien juntos al compás de la música.

El tiempo pasó. La vida los cruzó de nuevo y todo se dio como si aquella calentura infantil desprovista de intereses razonados y de bello púbico nunca hubiese acabado, al igual que ella. Las cosas se daban de alguna manera parecidas, ya que ni ella ni él tenían bello púbico y él se llenó de su aroma, esta vez el aroma salido de una deliciosa conchita y no de una túnica.

Él estaba realmente caliente, recién llegado de otras fiestas y encantado por las tetas y los ojos de ella. Ella era dulce y libidinosa, como él, sexópata, liberal y divertida. Él le ofreció un cuento erótico, ella le regaló una foto desnuda, él un dibujo de su foto, ella una invitación a un motel donde él se olvidó los lentes de sol. Él la olió, se lleno de su aroma, ella gemía, él por primera vez experimentó una eyaculación femenina, ella se fue varias veces seguidas entre gritos, él se la metió toda, ella se la metió en la boca, él tuvo un rápido orgasmo, ella seis, él no entendía lo que estaba pasando, ella quería mas, él tenía un pretexto para hacerla acabar de nuevo, ella quería volver a hacerlo, a

él solo se le pasaba una cosa por la cabeza, ella aceptó. Se movían bien juntos al compás de los cuerpos.

Tomé la tarjeta que decía “Caronte, Santino” y marqué: 23.15, en rojo, un tanto torcido sobre el cartón. La máquina de entradas/salidas estaba vieja y oxidada, y a veces llegaba incluso a marcar una hora sobre otra. Nadie parecía prestarle atención además, yo solía llegar a cualquier hora (tanto antes como después) y jamás ninguno de mis jefes me habló al respecto. Era parte de una normativa y la máquina estaba ahí para evitar problemas legales.

Salí y el bus estaba esperándome en la parada. Después de todo quizás esta sea una buena noche. Subí, jazz, lugar para sentarse. ¿Me habré muerto?. Para completar el panorama llegamos rápido a casa, apenas en diez minutos.

Vivo en una casa compartida, donde alquilo una habitación bastante grande para mis necesidades. Podría sobrevivir sin problemas con la mitad del espacio de mi cuarto, pero mejor así. Al llegar, casi todos los demás habían salido, me crucé al último en el comedor cuando se despidió diciendo “hay arroz en la olla, servite”. No llegué a servirme, un sms marcó la noche: “Hola, ¿nos vemos?”. Por supuesto que nos vemos.

Ducha, quince minutos. Café, dos cafiaspirinas, una manzana, cinco minutos. Visita al cajero automático, llamada al taxi, veinte minutos. Llegar al lugar indicado, veinte minutos más. Después la espera, el frío que no me toca, el vaivén de las piernas de esa mujer increíble viniendo hacia mí. Otro taxi, un hotel de los buenos colmado de gente, la consulta al taxista, la propuesta de ir a un hotelucho alejado, ella lo conoce, yo primero me hago el entendido, después confieso mi ignorancia. Llegamos, nos atienden en persona, estilo clásico, me gusta, nos abre la puerta una señora. La habitación parece salida de una película de James Bond. La heladera tiene mínimo cincuenta años, si, heladera, a olvidarse de un mini bar. El baño tiene baldosas celestes, toallas,

papelera y una duchita humilde con un solo duchero y sin cortina. Ella sirve Gin del bueno en dos vasos de whisky con hielos sacados de cubiteras individuales. Yo me tiro en la cama, el colchón fue comprado antes de que yo naciera, seguro. Ella habla y yo la escucho, yo hablo y ella ríe, brindamos, dos, tres, cinco veces. Voy al baño y parezco un viejo decrépito con problemas en la próstata. Ella ríe. Va al baño, prendo la tele, veinte pulgadas, años 80, canales de aire y un canal porno en el que las minas tienen mucho vello púbico, VHS con varios años pasado por circuito cerrado seguramente. Pasan dos horas, se nos termina el hielo de la heladera ruidosa y ella pide más por teléfono, el viejito que viene a traerlo no entiende como esta chica sigue vestida, maquillada y peinada. Seguro que pensó que yo era puto y esto era una farsa para engañar a alguien. Bebemos más, yo tengo calor, me descalzo, se va también la remera. Ella se me sube encima, me besa, se saca la ropa y yo muero al verle las tetas. Está acostada boca arriba cuando le levanto la ropa interior con los dientes y huelo profundamente su conchita. Sabe rico, prohibido, mejor de lo que imaginaba. Le recorro las piernas con la lengua, desde los tobillos hasta llegar casi a los labios de una concha que ya hervía. Afuera la ropa interior. Le devoro la conchita mientras ella agradece con gemidos y gritos. A la voz de “basta!” paro y ocupa mi lugar. Me la chupa tan fuerte que creo que voy a largar toda la leche que tengo de una sola vez. El espejo nos da la bienvenida al acostarnos boca arriba. Vuelve la acción, le como las tetas y la conchita, la recorro toda, uso varios dedos, no se para, sigo recorriéndola con la boca, no se para, le apreto las tetas, ella quiere que la coja, me estoy meando, no se para, me estoy meando, no se para, me estoy meando, paro. Necesito parar, digo, me estoy meando. Ella suelta una carcajada, me quiere matar, yo quiero suicidarme en el baño. Parezco un camello meando, ¿qué mierda me pasa?. Al volver todo lleva un tiempo para

recuperar el momento. Ella abajo, toda adentro, apenas un par de minutos, ella arriba me cabalga de frente y espalda, tanta mujer y tanta fuerza me hacen acabar con una mezcla de placer y vergüenza cinco o diez minutos después. Descansamos. Un poco de chocolate. La música de la radio es muy buena. Llevamos seis horas en el hotelucho. El sol entra por la ventana. Nos volvemos a comer, yo acabo, ella quería mas, quería coger de vuelta. La pija no me responde, está roja, hinchada, satisfecha.

Un nuevo taxi, arreglados a las apuradas, directo al trabajo. Recién terminó y ya quiero repetir. Bajo del taxi, me dice “niño” y ríe. La quiero agarrar y dejarla exhausta por haber hecho ese comentario, acabar una vez y que ella acabe cincuenta.

Entro al trabajo, marco 9.35, tarde, rojo y torcido, pero satisfecho.

Oscar era profesor de historia, tenía treinta y cuatro años, manejaba un Ford Escort rojo y vivía en Malvín. Pero eso no es lo que importa en absoluto, lo interesante de este soltero nacido en San Carlos era su fetiche, así como lo que eso generaba en él.

Un Jueves después de clases Oscar se subió al auto y decidió volver a su casa, estaba cansado y ya había anochecido, entonces apareció Silvia, una alumna de sexto año.

- Profe ¿para qué lado va Usted? –

- Para Malvín Srta. Correia, ¿por? –

- Ah… porque me demoré con una carpeta de filosofía, perdí el ómnibus y no llego a mis clases de danza, pensé que usted iba para el centro, disculpe – contestó la chica, prosiguiendo a alejarse de la ventana.

- ¡Correia! – llamó el docente – venga Correia, suba que la arrimo –

- Muchas gracias, y por favor dígame Silvia, si me llama por mi apellido me hace sentir vieja y solo tengo dieciocho recién cumplidos –

El morbo entonces se hizo presente, ni un segundo antes. Cuando comenzó la charla eran padre e hija, profesor y alumna, ahora la cosa había cambiado.

- No sabía de su cumpleaños, ¿cuando fue? – preguntó Oscar tomando Avenida Italia para dirigirse al centro.

- Tutéeme por favor profe –

- “Tuteame” entonces, porque si no el que se siente viejo soy yo –

Ambos rieron, luego ella comentó – Cumplí los dieciocho antes de ayer, ¡Ya soy mayorcita! –

Oscar la miró de reojo, aguantó unos segundos y dijo – Así que ya podés ir presa, cuidadito con lo que hacés –

- Ay si, obvio, yo soy una nena buena – respondió la adolescente riendo, sabiéndose pechugona y atractiva, además de fantasear con la idea de tener un romance con el profe de historia. La mente de Oscar estaba tan podrida que el interior del auto olía a azufre.

La Escuela de danza era un antiguo caserón reciclado. Oscar no demoró mas de diez segundos en reconocer la cara de la chica que, aprovechando un momento libre, había salido a fumar. Clara era la recepcionista en Nandy Dance y se conocía con Oscar de la escuela en Maldonado. El bajó del auto, ella saludó a Silvia, lo vió, se adelantó para abrazarlo y le susurró al oído – Oscar, es una nena Silvita – El abrazo hizo que Clara sintiera la presión de algo caliente y duro que se movía bajo el pantalón de su amigo, sintió cosquillas en el estómago y las piernas y se alejó. – Ya sé que es una nena, la traje desde el liceo donde doy clases –

- Ah, entiendo respondió Clara, reteniendo la imagen reciente de la erección de Oscar. Silvia subió las escaleras y los miró, ahora estaba tremendamente celosa de Clara y enojada por no tener treinta, transpiró como nunca en la clase de salsa.

Oscar y Clara quedaron en tomar un café mas tarde, o una cerveza, compartieron fuego y dos cigarros, se miraron a los ojos quince veces, él le miró veinte veces las tetas y ella veintidós el bulto.

A la noche todo fue común, besos, manoseos, palabras al oído y similares, todo trillado hasta llegar al punto extraño de las relaciones sexuales de Oscar. Parado frente a Clara la dejó hacer, hasta quedar ella solo con un culotte calado de color blanco y él aún de pantalones. La empujó de espaldas en la cama, tirando de la ropa interior de la muchacha la dejó desnuda y pasó a lamer fervorosamente aquella abertura al cielo que se le ofrecía hirviendo y

empapada, no sin antes y con un rápido movimiento de manos guardar la bombacha en el bolsillo del pantalón.
A la mañana siguiente camino a casa Clara se rezongaba por haber perdido su bombachita, la cual posiblemente se le cayó del bolso al correr para alcanzar el bus. Oscar en su cuarto olió profundamente el nuevo trofeo, lo rotuló con nombre de la ex dueña y le puso fecha, acto seguido lo guardó en el cajón de los trofeos y para celebrar se masturbó dos veces sentado al borde de la cama.
A Clara no la llamó nunca más, ya no había nada que conseguir ahí.
Pasaron tres meses, llegó el verano y con él los exámenes de fin de año. Oscar estaba en el aula Cero, tomando examen de historia a todos los alumnos de sexto año. La última en entregar las hojas fue Silvia Correia, que se mostraba especialmente sexy ese día llevando puesta una pollera tableada.

- Voy para el centro, ¿te llevo? –
- Ya terminé las clases de danza, pero si me querés llevar a casa me dejo –
Oscar dudó seis segundos.
- ¿Qué te dejas? –
- Llevar, ¿Qué otra cosa podría ser? –
- No sé, decime vos –
- ¿Y si lo discutimos con una cerveza? Ahora soy mayor y es legal –
- ¿Tomar alcohol? –
- Sí, entre otras cosas… -
- Ok, pero en mi casa –
Sucedió lo de siempre, pero más obsceno y corto, “Ahorrate la cursilería” dijo ella. Silvia ya de rodillas en la cama, con las tetas al aire y un vaso de cerveza en la mano pedía ser cogida encima de los exámenes de historia. “Todavía no” dijo Oscar “sacate la pollerita”. Suelen decir que las personas presienten que

algo malo va a pasar unos segundos antes de morir. El de Silvia no fue el caso, se sacó la pollerita y dejó al descubierto su conchita adolescente, con apenas algo de vello, rosada y mojadita. Oscar entró en una especie de trance, no había trofeo que reclamar. “¿No usás ropa interior?” preguntó, “No… ¿Qué le parece profe?” contestó ella con voz pícara y seductora. El profesor de historia tomó con fuerza la botella de cerveza y blandiéndola en el aire se la partió en la sien. La joven estudiante cayó de lado, desnuda, mientras la sangre brotaba a chorros ensuciándolo todo.

Como un zombie de película de terror, Oscar llegó a la cocina, tomó la botella de alcochol azul y volvió al dormitorio, empapó los exámenes, el cajón de trofeos, el cadáver de Silvia y el resto de los muebles, encendió un cigarro y tiró el fosforo a la cama.

Permaneció de pie, observando todo el paisaje, una única lágrima se le escapó antes de caer rendido al suelo.

Santino abrió el celular. Maitè había respondido. Se le dilataron las pupilas, el corazón acelerado bombeaba sangre a una pija ansiosa y exigente que empujaba el pantalón. El mensaje decía: "…Aquella vez, me dieron unas ganas terribles de invitarte a casa" y confirmaba todo el deseo que durante años Santino creyó solo suyo. El último sms de Maitè finalizaba diciendo "Ganas hay" luego de unos puntos suspensivos.

Uno de los supervisores de la empresa irrumpió en el escritorio de pronto, pero Santino no podía pensar en otra cosa que no fuese Maitè, ofreciéndose desnuda y totalmente mojada, caliente, ansiosa de tener ya todo lo que varios años atrás quiso y no se atrevió a tomar por "Ser una locura". Sin embargo, ella aclaró en su último mensaje "…Ahora las cosas son diferentes… Ganas hay". Esa parte le quedó grabada a Santino. Recordó entonces el libro, específicamente el momento en el que dos personajes en una habitación de hotel tienen sexo del bueno, animal, con muchas ganas y mucha leche. Lo transformó, al trío virtual con una sexópata muerta lo cambió por uno real, agregando a su propia mujer. La pija le quemaba entre las piernas en plena oficina, no le importó. Cambió también el hecho de que en el cuento, al personaje femenino no le comían la conchita, ¿cómo sería la conchita de Maitè?, moría por saberlo, aunque sea por pedirle que le mandase una foto con el celular, se sobaba la verga por arriba del pantalón imaginando. Agregó también eso, comersela a Maitè muchas veces, recibiendo en la boca no menos de diez orgasmos muy mojados. Acabarle después en la cara, en el espléndido par de tetas que solía llevar sin corpiño, en el prohibido tatuaje que sólo algunos pocos elegidos habían visto de cerca. Maitè era muy selectiva, ¿cuántos hombres con suerte se habrían llenado las manos con sus pechos?

¿Cuántos habrán saboreado sus labios rojos, hasta llegar a un clítoris prometedor en mitad de espasmos de placer? ¿y mujeres? ¿habría probado una mujer aquél coño delicioso que él ansiaba ver?. Volvió al cuento en su memoria, “Nos imagino a los dos en esa escena, como Domingo y Felicia” le dijo Santino una vez por sms, “pero a nuestra manera”. Se estaba asando de calor, la pija explotaba y hervía, cuando irónicamente sonó la alarma de incendios. Santino abandonó el edificio exhibiendo su protuberante erección durante casi todo el simulacro.

Maitè llevaba días sin escribir. “Ahora nos falta poner día y lugar… o nos suma?” fue el sms que llegó. “Nos suma” pensaba Santino, “Obviamente, mi respuesta está mas que clara” concluyó. Lo que pasó después, es parte ya de otra historia.

Yo estaba completamente seguro de que lo que tenía enfrente era una alucinación. Conocía aquel bosque, tenía clarísimo que estábamos en medio de la nada y sin embargo veía claramente un gran edificio entre los árboles.

La noche se mantuvo al mismo ritmo, yo de pie sobre la tierra mientras todos bailaban al ritmo de los tambores. Entonces todo se detiene, se enlentece, siento que salgo de mi cuerpo, que lo abandono y que recorro en una especie de viaje astral los rostros de las tres mil personas reunidas allí para festejar, sintiendo que los conocía a todos, hasta que por último llego a verme a mí mismo de frente, y me reconozco.

Culsa, el pelado chamán de barba trenzada, me había convidado con un menjunje que contenía absenta, estoy seguro. Lo encontré horas después cuando fui a pedirle un poco de marihuana y él exhibía su inmenso cetro de carne a dos jóvenes de dieciocho años, me señaló la mochila de lana donde tenía la hierba sin dejar de hacer aparecer y desaparecer aquél bastón ritual erecto entre las piernas de las dos jovencitas, alternando entre una y la otra.

Aquella noche aluciné, conté mil estrellas y bailé sin mover los pies, canté sin abrir mi boca, viajé sin dar un solo paso más.

Yo estaba completamente seguro de que los dragones no existen, y sin embargo allí me encontraba en medio del bosque, mirando fijamente a uno a los ojos y soplándole el humo en toda la cara.

La botella de ron reposaba calma a la vista y ansiosa por dentro, aguardando un final multiorgásmico para la edición que por largas noches se había extendido. La editora bajó un poco los lentes hasta llegar casi a la punta de la nariz y mordisqueó inconscientemente el lápiz maltratado. El ruido del subrayado se escuchaba claro, como un avión cortando el aire de la noche, entonces, ansioso, el reloj marcó la una y media. Habían hecho un trato: por cada cuento que a ella le fascinara se quitaría una pieza de ropa, y por cada uno que no la convenciera y necesitara ser modificado, él debía desprenderse de una prenda, pero no podían tocarse, estaba estrictamente prohibido. Él siempre fue un macho alfa, llevando las instancias de encuentro con diversas mujeres hacia donde tenía ganas, pero la editora era distinta, lograba dominarlo y hacer con él prácticamente todo lo que quería. Las agujas del reloj marcaron firmemente las dos de la mañana, quedaban pocos cuentos y poca ropa. Él permanecía sentado en el suelo, recostado contra el respaldo de la cama, apenas vestido con un bóxer negro. Ella, sentada y con la mirada fija en las hojas, llevaba una tanga negra y los lentes, además de pendientes y una pulsera. La mirada del escritor no se movía de aquellos pezones que se mostraban deliciosos a la luz de la lámpara. El bóxer, hinchado, parecía rezar hacia el cielo que el siguiente cuento no gustara y así liberar a la bestia que desde adentro lo empujaba.

Una última línea cruzó el papel, marcando el lápiz la corrección que cerraba esta primera edición. El escritor, desnudo, masajeaba su falo erguido en los momentos que no era observado por la editora. Ella, mostrándose imperturbable, hacía un inmenso esfuerzo por ocultar la humedad que resultaba ya incómoda atrapada tras la tela negra de la tanga, pretendiendo

bañar por completo aquella sonrisa vertical completamente lampiña. Apoyó las hojas sobre la mesa dejando también el lápiz y los lentes sobre ellas, caminó cinco o seis pasos hasta él, balanceando su cuerpo que sin ropa era todavía mas sensual, y le sonrió al arrodillarse, con esa sonrisa cautivadora de almas, majestuosamente blanca y brillante. Sin usar las manos, y mirándolo fijamente a los ojos, engulló aquel miembro tenso y lubricado tras decir “leer siempre me dio hambre, y hace tiempo que quiero probar la carne de la que tanto hablan acá”. Él, atónito, disfrutó de recorrerla toda con los ojos, como si pudiera acariciar su piel tan sólo con la mirada. Ella pareció percibirlo, ya que al instante sintió como se erizaba toda, desde las pantorrillas hasta el cuello. Entonces como un chupón que se suelta, abandonó la tarea y se zambulló en el cuello del escritor, llenándose la nariz de su perfume y comiéndolo a besos. Él la tomo de las caderas y la separó, caminó hasta la mesa, esparció las hojas de los cuentos por el suelo y mirándola a los ojos le transmitió la idea. Ella pidió abrir la botella de vino tinto y pasar del ron, y mientras el escritor descorchaba y servía el Carmenére, ella liberó su coñito depilado de la prisión de tela que transformaba el calor en un infierno. Vino para ella, él apenas lo probó y ante la indicación de la deliciosa mujer que lo requería, sucumbió en deleitarse con sabores mucho mas dulces y que por largo tiempo ansiaba probar.

Los cuentos quedaron marcados para siempre, con correcciones a lápiz, comentarios al pie de página y otras marcas, mucho mas interesantes, pasionales y primitivas, que expresaban mucho mas que cualquier cúmulo de palabras. Ahora, ante cada instancia de edición, él deja algunos cuentos con errores buscados y ella simula encontrarlos de casualidad, para corregirlos después y marcarlos con huellas que sólo ambos pueden entender.

No sé cómo terminé ahí con Maitè, sólo puedo recordar la dulzura y el inmenso placer que me generaba ese momento: pero únicamente en ese momento, ahora me genera tristeza, nostalgia, deseo de repetición.

Maitè recostada con la cabeza en mi hombro, mi nariz y mi boca juegan con sus pezones, ella toda transpirada, tranquila, desnuda. Mis manos recorren su piel caliente con tranquilidad, con la paciencia de un experto que sabe cómo lidiar calmo con una bomba, mis dedos la recorren por fuera y por dentro. De pronto el soul invade el espacio… Un piano entre melancólico y sugerente acompaña la escena perfectamente, mientras Rachel Ferrell canta con mucha sensualidad que ella “puede explicarlo”. Maitè se retuerce, tranquila, disfrutando cada minúsculo rincón del espasmo que la visita, se muerde los labios, aprieta los ojos, los relaja mientras la cantante gime y el piano se crispa, los abre y me mira con la respiración entrecortada, me muerde y vuelve a recostarse.

Hace tiempo que no comparto un rato tranquilo con ella, o una charla profunda, personal. No sé si encontró el amor, no sé si es feliz, me importa, lo juro que me importa. Siento que el momento cura mis penas, rejuvenece mi alma, todo es obsesivamente perfecto. La humedad de su femineidad mas privada, su calor, el sabor de mis dedos al llevármelos a la boca, sus pechos erizados, las gotas de sudor que bajan por su cuello y que contrastan con la dulzura que anteriormente dejó en mi lengua… Tras el tercer orgasmo la morocha gira y se sube a mi pierna, la monta y se masturba despacio, me usa, me ignora, soy simplemente un instrumento a través del cual está encontrando placer y eso me gusta, me calienta, no hay “porqués” en este juego, no hay reglas, la confianza y la libertad son el casal de reinas lesbianas

que rigen el feudo de la cama de Maitè. Nota mi calentura después de acabar dos o tres veces seguidas, pero no para, me agarra fuerte de la base de la verga y me masturba lento pero apretado, desde abajo hasta la cabeza, gime, gruñe, pareciera que todo mi ser se hunde en su interior y que la lleno completamente por dentro, entra en una especie de trance, me coge la pierna y cae desfallecida sobre mi pecho mientras la respiración se me corta y veo puntos blancos en una oscuridad prácticamente absoluta. No hay juicios de valor, somos un dúo perfecto del placer y la lujuria que no necesita excusas.

Esperanza Spalding entona “I Know you know” y el destino demuestra ferviertemente estar jugando con nosotros, la miro y le digo con los ojos que me puede, que genera cosas en mí únicas, perversas y mágicas simultáneamente, que quiero volver a jugar, que sin dudas el mundo es un mejor lugar después de un encuentro con ella. Me despido como un caballero pero sintiendo que podría pasar horas recorriéndola, no contengo las ganas de decirle que es una diosa y que cada vez está más hermosa.

Erykah Badu canta “Didn’t Cha Know” mientras camino por la noche montevideana y en mi mente resuena el aroma intenso de Maitè.


café frío
con sal

La cosa cambió el día que dudé por primera vez. Hasta ese momento estaba seguro de no haber entrado jamás a ese hotel.
Mi vida había sido una conjunción de estereotipos en todas sus etapas. Parto normal, infancia feliz, mamá, papá, hermana menor, perro y vacaciones en Febrero. Promedios normales, lo justo para pasar en gimnasia, un examen de Fisicoquímica salvado en Diciembre y dos novias, ambas en tercero, una de escuela y la otra de facultad. Dotado normalmente, algo de pelo en el pecho y barba desde los diecisiete.

Hasta el día que dudé por primera vez, yo estaba seguro de no conocer ese hotel.

De auriculares nuevos y mate, caminaba a paso firme por la Avenida Dieciocho de Julio. Levanté la vista una vez y no lo noté, la segunda sentí algo extraño y la tercera me dejó congelado en mitad de la vereda. Todas las personas, absolutamente todas, sin excepción de tan siquiera una, caminaban en sentido opuesto al mío. No podía decidir si aquello era real o si era uno de esos profundos sueños que parecen de verdad. Bajé la cabeza, llegué a la calle Ejido y me senté en la escalinata de la Intendencia. Prendí un pucho, me cebé dos mates, tibios, asquerosos. Una vieja me pide la hora, saco el celular, no entiendo lo que dice… ¡No puedo leer la hora!, invento, “las seis y cuarto”, contesto, y cuando noto la expresión extrañada de aquella mujer caigo en la cuenta de que es de noche. A mi lado un filtro quemado, mucha ceniza y un mate helado son muestras claras del paso del tiempo. La radio de un taximetrista anuncia las diez de la noche en punto.

Dudé. ¿Me estaré volviendo loco?. Cebo un mate que al tomarlo me produce arcadas. Dos culos en jeans nevados me despistan, pero no me calientan, no tengo ganas de coger. Una mujer gorda come un refuerzo de salame a mi lado y me repugna, tengo frío, creo. La pelota de un niño me pega en la nuca, lo miro con odio, un policía de chaleco amarillo desenfunda y le mete dos tiros en el pecho, ¿qué es esto por Dios?. El olor a porro de dos nenas Góticas me marea. Tengo ganas de cogerlas.

La entrada está bien, uno llega sin ser visto y elige en una pantalla la habitación. Todo muy pro, muy cuidado, muy prohibido.

Una debe tener veintipocos, la otra ronda los treinta. Vuelve la vieja, "no sé la hora, déjeme Doña". La mujer no responde, me mira como si fuera la primera vez que me ve.

Elegimos la habitación llamada "La Cárcel". Primero me toca a mí, me atan de pies y manos muy fuerte, después me azotan con un rebenque y quedo solo, mirándolas jugar entre ellas. Dudé, no conozco aquél hotel, es una ilusión como la de la vereda con gente en contra.

Una rubia me saluda, levanto la mano tímidamente, no sé quién es. Dos pitadas al pucho, un matecito caliente y el delicioso olor a porro de dos jovencitas que fuman cerca de mí. La luz de los faroles me ilumina la lectura.

Estoy muy caliente e incómodo. Me sueltan, le pego un revés en la cara a la de treinta, la otra se asusta al ver sangre, le doy con el rebenque en la cara. "¿Vamos a un hotel mejor?", dice la mas chica, "Tengo el auto cerca".

Yo estaba seguro, no conocía ese hotel. Me vi frente al espejo de casa desnudo, plagado de souvenirs en la piel. Arañazos, golpes, heridas y

salpicaduras de sangre eran muestra más que suficiente del paso del tiempo. Dudé

Mi prima La Nena es la mujer más gorda y grotesca que conocí jamás, pero es también mas la más erótica de todas las gordas. Viene siendo sin interrupción mi fantasía mas fuerte desde que tengo memoria. Mi prima podría generar que la Madre Teresa vomite al verla, ya que se la pasa desnuda sobre su cama, con restos de comida entre los varios pliegues de su piel, pliegues donde uno ya no distingue entre tetas, abdomen y otras zonas.

La Nena se la pasa comiendo y eso a mi me vuelve loco. Es una gorda insaciable, caliente, no puede quedarse un minuto sin satisfacer su deseo más básico y me calienta como nada complacer a La Nena, una y otra vez. Ver a esa mujer llevarse comida a la boca, con las manos llenas, enchastrándose la cara sin dejar de mirarme a los ojos, parando de comer sólo para tomar vino. Pocos hombres pueden permitirse placeres así. Me dice “Quiero mas, quiero mas, quiero más” y… para qué mentir, siento que soy un hombre todopoderoso dándole más y más cada vez que lo pide. La gorda sabe que cuenta conmigo para lo que quiera y abusa de eso sabiendo que al primo le fascina, se le nota, dejando salir algún resto de carcajada mientras arranca a mordiscos restos de una pata de pollo, con piel y todo.

Hoy tuve que salir, y me llamó solo para calentarme y hacer que pasara por la casa – Primito, quiero mas, quiero mas, QUIERO MAS – Es irresistible, paré en la panadería de la vuelta y le llevé dos docenas de mantecados, veinte bizcochos de crema y un kilo de masitas. La relación con La Nena me vuelve loco, a escondidas de todos, me escabullo cada vez que puedo a llevarle algo y verla comer, ahí desnuda, tirándose todo por encima y sin importarle la estética en lo más mínimo. A veces eructa, inmediatamente no puedo evitar

sentir que la sangre fluye rápido a generar en un instante que el pantalón me incomode.

El otro día se abrió de piernas y la vista fue sublime, terminé de un sorbo todos los restos de vino que ella había dejado. Desafiando hasta el máximo límite su movilidad, dejó caer algo de crema por allí y tuve que encerrarme en el baño un largo rato para poder pensar con claridad nuevamente. No sé porqué se enojó y me dijo que no quería verme más. Anduve a la deriva visitando pastelerías y cafés, salones, plazas, pero ninguna gorda es como mi prima.

Hoy la llamé y le dije que tengo una botella de vino bien gruesa sólo para el goce de ella. Quedó en avisarme, pero yo me muero de ganas de ver a La Nena sacando el corcho con los dientes. Esperemos que se me dé.

Conocí al general de mi ejército trabajando en una oficina, hace seis años. Congeniamos de inmediato, a los dos nos gustaba aprovechar la vida, usar la cabeza, ejercitar el cuerpo, digamos que éramos una especie rara dentro de aquél edificio donde todos se dedicaban a rascarse el culo y fabricar plata. La primera vez que salimos juntos terminamos cogiendo a una veinteañera durante dos horas, sin darle respiro, ocupando dos de sus aberturas en simultáneo constantemente.

Después el tiempo pasó, yo descuidé mi cuerpo y me dediqué a pensar mientras el mundo cada día se hundía un poco más, la gente enloquecía y salía aterrada a la calle. Salir, era un caos, pero yo quería alcohol. Junté mis papeles, el 38 a la cintura, besé la foto de Marilyn que cuelga desnuda tras la puerta de casa y salí.

Ya en el bar, con la primera cerveza encima y la segunda por la mitad, desplegué todo el papeleo sobre la mesa y proseguí vociferando ideas de revolución, de limpieza, de reseteo del mundo a quien quisiera escucharlas. Entonces, bajo uno de los pocos focos del bar, se paró El Topo. No lo veía desde que se fue de aquella oficina tras haberle partido la mandíbula a nuestro jefe en común. Estaba igual, pero más grande, mucho más. Todo el ejercicio que yo no hice él lo había hecho por dos. Le chisté, dirigió la mirada hacia mí y se me vino encima, recién ahí me reconoció. Hablamos por horas, se hizo de noche, le expliqué mi plan de acción y la forma en la que él encajaba perfecto.

Conocí al General de mi ejército trabajando en una oficina, pero lo conocí de verdad el día que nos reencontramos en el bar. No fue necesario mi 38 para empezar, escondidos en un parque cercano esperamos tan sólo por media hora, una mujer apareció caminando sola y dos personajes le cortaron el paso.

Al primero El Topo lo desmayó de un golpe, la mujer huyó, el segundo me hizo frente y yo respondí con una tabla que llevaba aferrada entre las manos, le arranqué dos dientes, caminó varios pasos hacia atrás, se limpió la sangre y arremetió nuevamente. Cuando El Topo lo pateó de costado sentí el hueso quebrarse, lo oí, y vomité parte del alcohol que había tomado horas antes. A esa altura el segundo imploraba por su vida, ya sin dientes y completamente bañado en sangre.

Cuando salió el sol, ambos energúmenos amanecían sentados contra un árbol, sin dientes, y con boca y garganta llenas de pequeñas piedras. La revolución había dado comienzo.

El cura los hizo pasar al frente, subir al altar, colocarse en torno a la pila bautismal. Allí estaban, la niña a bautizar, los padres, madrina, padrino y el cura. El celular no paraba de sonar, con diversas insinuaciones y propuestas indecentes, que comparaban la verga gruesa del padrino con el Cirio que ardía a uno de los lados de la escalera. Él leía los mensajes sin pudor alguno, sintiendo el calor que generaba la irrigación de sangre hacia la cabeza de su falo, los latidos que uno a uno lo hacían crecer y ya notar por debajo del pantalón. Entre el público los amigos reían al ver a semejante personaje parado junto a un cura, y ella no cesaba su envío de mensajes obscenos y miradas lascivas.

Mientras todos se saludaban y besaban, él respondió la última provocación con una invitación al cuarto donde los curas guardaban hostias, velas, mantos, fósforos, copas y demás elementos necesarios para dar la misa. Rápidamente levantó el vestido de ella y ferozmente le bajó la ropa interior hasta los tobillos, tomó una vela encendida y virtió la cera caliente sobre la espalda y la línea que separaba las nalgas de aquella mujer, apurando mientras el calor y la quemazón estaban latentes a enterrarse en ella de un solo golpe, sintiendo la forma en la que ella se empapaba como respuesta al dolor que tanto la excitaba. La tomó del pelo y tirando fuerte de él la hizo acabar con las rodillas temblando. Veloz y brusco, arrancó las costras de cera dejando al descubierto marcas rojas que la quemazón escribió en la piel de la mujer, se retiró entonces y dándole un par de sacudidas al falo atormentado por semejante escena acabó bañando todas las marcas con su lefa. Ella se volvió, limpió toda la cabeza de aquella vara con la que había sido penetrada y, tras tomarla de

uno de los armarios mientras era embestida, se comió una hostia mojada en la leche que ahora tenía en la boca.

Salieron separados del cuarto. El cura vino a hablar con él, a explicarle sus responsabilidades de padrino de conducir a la niña con el ejemplo por el camino del bien. Ella reparó en un pequeño librito que hablaba de las mujeres que ardieron en la hoguera por ser adúlteras, siglos atrás. Tentada, soltó una pequeña carcajada, sin poder ocultar ciertos paralelismos que su cabeza hizo rápidamente.

La noche no podía ser peor para partir, pero la decisión estaba tomada y él era incapaz de dar un paso atrás después de decidirse a avanzar. Por todos los medios la lluvia intentó convencerlo de que aquella era una pésima idea, pero sólo parecía fortalecerlo mas. El carromato lo esperaba sereno, crujiendo al chocar contra el viento y el agua, fiel como el perro de un vagabundo que acompaña sin importarle la mayor de las adversidades. El farol que colgaba de la parte de atrás se balanceaba violentamente, como si quisiera aferrarse a aquella travesía con fervor, mantenía viva la pequeña llama de la vela que llevaba dentro. Subió, sin mirar atrás dió unas palmaditas al caballo y dejó a su paso décadas de historia. La tormenta intentó durante horas acobardarlo, pero terminó dándose por vencida y se retiró. Aquel hombre tosco miró la luna, ahora si disfrutaba del viaje, del aire, del olor a tierra mojada que se mezclaba con los hondos sorbos que daba a su jarra de cerveza tibia. El carromato se deslizaba feliz sobre polvo y piedras, sus ruedas crujían demostrando que estaban allí, que eran parte de la travesía. Cerca de un pequeño bosque se dio la primer parada y la vela del farol se apagó de un soplido. Era tarde y llevaba varias horas de viaje, y demasiadas cervezas encima. Encendió una pequeña fogata, aseguró el caballo a un árbol y durmió. Seis chacales rondaron el campamento pero una energía sumamente fuerte los mantuvo a raya por horas mientras las hadas del bosque danzaban desnudas en torno a aquél majestuoso vehículo.

De pronto, uno de los chacales envalentonado se avalanzó sobre el caballo, que dormía con un ojo abierto, y fue a dar contra una roca. El hombre saltó fuera empuñando la escopeta y entonces vio aquellos cuerpos femeninos bailando. No entendía lo que sus ojos querían comunicarle, no eran mujeres

normales, brillaban con luz propia y olían a frutas. Tuvo miedo por primera vez en años, sensación que recordaba vagamente del día que dos ladrones mataron a su padre a tiros. Sin embargo, aquel era un miedo extraño, ambiguo, estaba asustado pero experimentaba placer. Soltó la escopeta que cayó al piso y se disparó, haciendo que los chacales huyeran sin mirar atrás. Las damas danzantes no se inmutaron. Una de las hadas se acercó y lo besó en la boca, acción que por primera vez se daba en la vida del hombre. Había tenido intimidad con decenas de prostitutas, pero jamás había besado a ninguna. Las demás se aproximaron presurosas, y lo desvistieron por completo. Comenzó un rito sensual y delicado y el hombre se sintió feliz, amado por primera vez en su vida y sin haber pagado a cambio.

Pero entonces la cosa cambió, la rubia con largos rulos le arañó fuerte el pecho y lo hizo sangrar. Las demás bebieron la sangre del pecho del hombre, y de la boca de las demás. Comenzaron a lamerlo, a morderlo, chuparlo, hasta que su enorme verga tenía restos de saliva de todas las hadas. Una de estas ninfas, la pelirroja,se apoyó sobre la piedra en la que antes había rebotado el chacal y le ofreció su culo. Él nunca había visto uno así, rosado, hermoso, casi como una pequeña conchita redonda. La pija la llevaba bastante lubricada, empapada de sangre y saliva, así que entró con el primer empujón. El chorro de leche que le propinó en la espalda a los cuatro minutos era rosado, luego de que se mezclaran todos los fluídos.

En forma alternada el hombre fue poseyendolas a todas, soltandose, y gritandole incoherencias y gemidos a la luna.

Un campesino que se acercó hasta el lugar luego de escuchar un tiro, vio al llegar a un hombre desnudo frotandose contra un viejo carromato de madera, gimiendo y muy transpirado, con el pecho arañado y los ojos desorbitados. El

hombre iba de la carreta a una piedra, y restregaba allí la verga que sangraba dolorida e hinchada.
Sin dudarlo, apuntó su revolver y le metió una bala en la oreja. La gente estaba quedando totalmente loca por esos días. Del carromato sacó una pala, enterró el cuerpo sin vida y se llevó al caballo para no volver nunca mas cerca de aquel bosque.

EPÍLOGO

Dentro de mí un gordito con pelo cortado a la taza muere de vergüenza, teme profundamente cómo puedan tomar sus padres estos escritos, lo aterroriza la idea de disgustar a sus abuelos, de que alguno de todos ellos llegue a pensar que perdió la razón, la ternura o el amor. El gordito sigue gordito, aunque ahora lo corona un corte de pelo a lo hipster que conserva los tres viejos y rebeldes remolinos que han hecho de las suyas contra cuanto peluquero se les puso enfrente. El gordito sigue amando, sigue creyendo en el amor y en la familia, sigue dibujando Mafaldas con crayolas tras las paredes y vive feliz, todos los monstruos y los tormentos descansan canalizados en historias que duermen en papel con olor a tinta o a lápiz, manchados de insomnio… y café.